



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ZARAGOZA

CARRERA PSICOLOGÍA

**DUREZA EMOCIONAL Y PERSONALIDAD EN ADOLESCENTES DE LA ZONA
METROPOLITANA DE LA CIUDAD DE MÉXICO**

T E S I S

**PARA OBTENER EL GRADO DE:
LICENCIADA EN PSICOLOGÍA**

PRESENTA

MARLENE ARANDA VELÁZQUEZ

DIRECTORA: DRA. BLANCA ESTELA BARCELATA EGUIARTE

JURADO: LIC. JUANA ALEJANDRA VILLAGÓMEZ RUIZ

DR. ALFONSO SERGIO CORREA REYES

LIC. JUAN JOSÉ SALDAÑA CASTILLO

DRA. GABRIELA ORDAZ VILLEGAS



CIUDAD DE MÉXICO

AGOSTO, 2021



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

A la poderosa **Universidad Nacional Autónoma de México** por formarme desde la etapa media superior y darme la oportunidad de continuar mi formación profesional.

A la **ENP 5 “José Vasconcelos”**, por ayudarme a construir el primer puente hacia mi futuro y a la **Facultad de Estudios Superiores Zaragoza** por moldear mi vocación, darme un lugar de diversión y desarrollo.

A la **Dirección General de Asuntos del Personal Académico (DGAPA-UNAM)** por su gran apoyo económico durante este proceso, a través del **Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica PAPIIT IN308420** “Desarrollo de modelos psicológicos de evaluación-intervención para promover la adaptación positiva en adolescentes y familias vulnerables”

Muy especial agradecimiento a la **Dra. Blanca Estela Barcelata Eguiarte**, que me instruyó como estudiante mis últimos dos semestres de carrera, pulió mis habilidades y me enseñó muchas más como prestadora de servicio social y ahora me enseña el mundo de la investigación. Es un gran ejemplo de compromiso, amor por la carrera y dedicación.

Muy cariñoso agradecimiento a la **Dra. Gabriela Ordaz Villegas**, que también tuve la fortuna de aprender de ella como profesora y ahora forma parte de esta etapa de cierre, por sus constantes y amables correcciones, por su apoyo y entero compromiso con sus estudiantes.

Muy lindo agradecimiento a la **Lic. Juana Alejandra Villagómez Ruiz**, por su forma innovadora y creativa manera de enseñar, porque de igual forma, pude aprovechar de su experiencia desde mi inicio en la carrera y ahora al final de la misma.

Agradezco mucho las atenciones y el apoyo del **Dr. Alfonso Sergio Correa Reyes**, por su constante comunicación y aportes valiosos en mi trabajo, además de siempre estar dispuesto a ayudarme con lo necesario para culminar mi carrera y este trabajo.

Gracias al **Lic. Juan José Saldaña Castillo** por formar parte de mi sínodo y contribuir para que pudiera dar este último paso de mi carrea.

DEDICATORIAS

Primeramente, a Dios, porque puso en mi camino a cada persona que se ha involucrado en mi vida, sea para bien o para mal, también me ayudaron con la experiencia a pensar cómo quiero que sea Marlene a futuro.

Dedico en gran parte este logro a **Mi Familia**, fue un trabajo en equipo: a mi **Mamá Mara**, a mi **Papá Mario**, a mi Hermosa **Hermana Vale**, a mis dos Niñas, **Lala y Maddie**. A mis padres, por tomar la decisión de criarme, agradezco mucho haber crecido en una familia que siempre me Amó, me aceptó con mis ideas y conductas “peculiares”, por darme libertad de elegir lo que me gusta, por dejarme cometer mis errores y evitarme muchos otros, por cuidarme y por siempre estar presentes y atentos a mis necesidades. A mi hermana, porque también se sacrificó, se adaptó a mis horarios y al espacio que necesitaba, además de ayudarme con tareas y muchos otros detalles, ahora que comienzas la universidad, te aseguro que te devolveré el favor. A mis niñas, porque son los seres más Dulces y Amorosos que puede existir.

A **Luis Angel García**, Eres La Persona Más Especial que tengo y con la que cuento, pasamos toda la carrera juntos, y gracias a la relación que formamos, como Amigos, Colegas, Equipo, como Novios, Pareja, Cómplices..., pudimos culminar esta etapa, pues me ofreciste largas pláticas de reflexión, debates, muchas risas, noches de desvelo, tardes de descanso, muchas experiencias y viajes. Esto y mucho más Nos Une. No sé qué nos depara el futuro, pero Te Agradezco con Todo Mi Corazón por hacer una mejor versión de mí en todos los sentidos, Te Amo Mucho Mixiote.

Lo dedico a mi **Familia**, a mi **Abuela** porque nos abrió las puertas de su casa, por cada café y cada risa, por su apoyo y escucharme cuando lo necesito. A mi tío **Ale**, con el que siento gran

afinidad, agradezco cada apoyo para la escuela, desde que tengo memoria, ha sido muy constante con su interés por mi bienestar. A *Las Liliás* por su constante apoyo y amor, además de ser parte de la razón por la que me intereso la psicología. A mi tía *Alma*, por su gran amor y cuidado, por ser un ejemplo de que las metas son alcanzables, y agradezco que me diera a mi segunda hermana, a *Nana*, que además de su calidez y madurez, agradezco tanto los momentos que hemos pasado, y sería muy mala prima si no mencionara nuestro gran momento como chocorrollos, con Vale, somos el trío perfecto.

A mi Mejor Amigo, *Apache*, significa mucho para mí que siempre has creído en mí, me has apoyado en cada paso y aunque nos hemos alejado por lapsos de tiempo, siempre sigues al pendiente de mí. Espero que estés en mi vida para siempre, porque no sé qué haría sin tus consejos y tu constante apoyo que me hace ser mejor persona. Te adoro.

Hace poco conocí a Mi Persona Favorita, *Atzin*, es de lo poco que agradezco a esta pandemia, que pude conocerte, de verdrag, no creí conocer a alguien con tanta similitud, no solo me has dado tu amistad, a Luis y a mí siempre nos has apoyado con tiempo y trampas para que no descuidemos la escuela, pero, además, está pasando lo laboral, te estoy conociendo cada vez más y espero que siga así, porque te necesito en mi vida. Te asma.

A mis grandes y maravillosos compañeros, a *Rebe, Ned y Leo*, les agradezco su apoyo desde que entre a esta etapa de mi vida, gracias por las pláticas, risas, adornos en cada fecha festiva, por sus aportaciones y por su hermosa amistad, sé que les esperan cosas grandes. A mis compañeros *Raque, Lili, Paola y David*, que siempre estuvieron dispuestos a apoyar, por sus correcciones y enseñanzas, los admiro mucho.

Si continúo siendo tan específica y nombro a cada persona que me ha apoyado, mis dedicatorias serán más largas que mi marco teórico, pero agradezco que aporten a mi vida, y espero que yo pueda aportar a la de cada uno de ustedes.

ÍNDICE

	Pág.
RESUMEN	1
ABSTRACT	2
INTRODUCCIÓN	3
CAPÍTULO 1. DESARROLLO ADOLESCENTE Y EL IMPACTO DE LA VIOLENCIA DESDE UN MODELO ECOLÓGICO- TRANSACCIONAL	
1.1 ¿Qué es la adolescencia?	7
1.2 El desarrollo adolescente desde un modelo ecológico	11
1.3 Violencia en la adolescencia: Factores personales	14
1.3.1 Factores familiares	20
1.3.2 La escuela	23
1.3.3 Influencia del contexto social	25
1.4 El desarrollo del adolescente en México	27
1.5 La psicopatología en adolescentes	30
CAPÍTULO 2. DUREZA EMOCIONAL Y PERSONALIDAD	
2.1 Dureza Emocional	33
2.1.1 Evidencia empírica	38
2.2 Personalidad	40
2.2.1 Evidencia empírica	45
2.3 Los Rasgos de Dureza Emocional y la Personalidad	48
CAPÍTULO 3. METODOLOGÍA	
3.1 Justificación y planteamiento del problema	51
3.2 Pregunta de investigación	52
3.3 Objetivos	52
3.4 Diseño	53
3.5 Hipótesis	53
3.6 Variables	54
3.7 Participantes	55
3.8 Instrumentos	55
3.9 Escenario	57
3.10 Procedimiento	57
CAPÍTULO 4. RESULTADOS	
4.1 Descripción de los participantes	59
4.2 Rasgos de Dureza Emocional por sexo y edad	63
4.3 Factores de Personalidad por sexo y edad	65
4.4 Correlación entre la Dureza Emocional y la Personalidad	67
CAPÍTULO 5. DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES	70
REFERENCIAS	75

RESUMEN

En los últimos años, la ola de violencia y delincuencia ha ido en aumento en México, esta situación no sólo afecta a la población adulta, sino a la juvenil, vulnerando su salud e impactando en sus relaciones y modo de vida. Por ello, surge interés en explicar las causas y consecuencias de conductas delictivas o agresivas, con la finalidad de actuar preventivamente. Los Rasgos de Dureza Emocional (RADE), se retoman en esta investigación para abrir camino a la búsqueda de ciertas cualidades que pueden dar aviso de alerta y que pueden influir en la aparición de psicopatía adulta. También, se retoma la Personalidad, que es importante al tratar a una población que está en la búsqueda y construcción de identidad. El objetivo de este estudio fue analizar la relación entre la dureza emocional y los rasgos de personalidad en adolescentes hombres y mujeres, en un rango de edad entre 13 a 18 años que viven en la zona metropolitana de la Ciudad de México. Se realizó un estudio transversal *expost facto* con un diseño correlacional. Los RADE correlacionaron negativamente con los rasgos de Personalidad, además de encontrarse diferencias por sexo. Con los resultados obtenidos se concluye que es importante el constante trabajo de prevención desde temprana edad, fomentando rasgos positivos de personalidad como la empatía, el afrontamiento positivo y la resiliencia, esto con el fin de disminuir el impacto de la violencia normalizada en México. No obstante, se recomienda continuar trabajando con otras variables y en sectores de gran vulnerabilidad.

Palabras clave: Adolescencia, Violencia, Población Vulnerable, Rasgos de Dureza Emocional, Personalidad.

ABSTRACT

In recent years, the wave of violence and delinquency has been on the rise in Mexico, affecting not only the adult population, but also the juvenile population, affecting their health and impacting their relationships and way of life. Therefore, interest arises in explaining the causes and consequences of delinquent or aggressive behaviors, in order to act preventively. The Traits of Emotional Hardness (RADE), are taken up again in this research to open the way to the search for certain qualities that can give warning signs and that can influence the appearance of adult psychopathy. Also, Personality is taken up again, which is important when dealing with a population that is in search and construction of identity. The aim of this study was to analyze the relationship between emotional harshness and personality traits in male and female adolescents, in an age range between 13 and 18 years living in the metropolitan area of Mexico City. An ex post facto cross-sectional study with a correlational design was conducted. RADE correlated negatively with personality traits, and differences were found by sex. With the results obtained, it is concluded that it is important to work constantly on prevention from an early age, promoting positive personality traits such as empathy, positive coping and resilience, in order to reduce the impact of normalized violence in Mexico. However, it is recommended to continue working with other variables and in highly vulnerable sectors.

Key words: Adolescence, Violence, Vulnerable Population, Emotional Hardiness Traits, Personality.

INTRODUCCIÓN

La adolescencia es una etapa transitoria y clave para la adquisición de identidad y hábitos que determinarán una adultez sana. Sin embargo, debido a los cambios (físicos, psicológicos, hormonales, entre otros) que se producen, los jóvenes pueden enfrentar algunos riesgos, como accidentes, conductas sexuales arriesgadas o consumo de sustancias (Güemes-Hidalgo et al., 2017a) que vulneran la salud física o emocional. Aunado a ello, existen diversos factores externos que son partícipes en el desarrollo adolescente, entre ellos la familia, las normas de convivencia en la escuela y en su comunidad, incluso la situación política y económica del país.

De manera gráfica, el modelo ecológico transaccional ayuda a observar la interacción del sujeto en sus contextos cotidianos. De modo que, para estudiar a un adolescente en México, es conveniente conocer el ambiente socio cultural en que se desenvuelve. De acuerdo con una encuesta realizada por del Instituto Nacional de Estadísticas, Geografía e Informática (2019), el 73.9% de la población de 18 años o más, considera que la ciudad donde radica es insegura. Aunque la violencia no es un fenómeno nuevo, la Ciudad de México ha tenido constante aparición en el top 10 de homicidios y actos delincuentes.

Estas y otras conductas, son diariamente percibidas por los mexicanos y, aparentemente, las cifras van en aumento, lo que vuelve a la violencia un fenómeno cotidiano y con el que se debe aprender a vivir. Por otro lado, puede afectar a aquellos jóvenes en situaciones de vulnerabilidad, haciéndose partícipes en actos delictivos. Aunque las cifras muestren más participación de varones adolescentes en conflictos con la ley, las mujeres también se involucran.

Es por este tipo de población que surge el interés por estudiar la psicopatía, pues se observa que son personas que perturban y afectan la vida de terceros sin señal alguna de culpa, además de adoptar comportamientos antisociales (García et al., 2017). Desde luego, diagnosticar la psicopatía es un proceso donde se evalúan distintos aspectos, sin embargo, hay uno que permite hacer la diferenciación entre población delincuente con y sin psicopatía, y son los Rasgos de Dureza Emocional (Torrubia y Fuentes, 2008), que es el término con el que se denomina a la población infantil y adolescente, evitando de este modo la etiqueta psicópata a temprana edad.

Por tanto, los RADE se caracterizan por la insensibilidad, despreocupación e inexpresividad emocional, adolescentes con altos niveles de insensibilidad, demostrará un carácter intrépido, agresivo y respuestas pobres de angustia y conciencia moral (Frick & Viding, 2009). Aunque en México es escasa la información sobre estos rasgos, se cuenta con estudios en diferentes países. En ellos, se ha encontrado que factores como los estilos de crianza, la inteligencia y vulnerabilidad económica, están relacionados (Burke et al., 2007).

Otra variable estudiada para estas muestras es la Personalidad, ya que algunos estudios sugieren algunos rasgos como predictores de RADE, tal como agresión y carencia de empatía, al contrario, se encontró que características como la extroversión y la sociabilidad, tienden a prácticas menos agresivas (Banny et al., 2011). Aunque hay teorías y modelos variados para medir la personalidad, en el presente trabajo se retoma el modelo de los Cinco Grandes, que comprende factores como la Extraversión, Amabilidad, Responsabilidad y Neuroticismo y Apertura a la experiencia.

En suma, es importante destacar el estudio de la personalidad si se pretende estudiar a poblaciones con rasgos de dureza emocional, ya que permite visualizar diferentes formas de comportamiento y acerca al entendimiento del cómo y por qué las diferentes formas de

actuar, como consecuencia de la relación de factores ambientales, biológicos y sociales (Montaño, et al. 2009).

Por tanto, el objetivo de la presente investigación fue analizar la relación entre la dureza emocional y los rasgos de personalidad en adolescentes hombres y mujeres, en un rango de edad entre 13 a 18 años que viven en la zona metropolitana de la Ciudad de México.

En el presente texto se hace una revisión teórica y de investigación relacionada con las presentes variables de estudio, partiendo desde el objeto de estudio que es el adolescente, por ello en el Capítulo 1. *Desarrollo adolescente y el impacto de la violencia desde un modelo ecológico transaccional*, se hace un breve repaso del desarrollo adolescente, resaltando algunos de los cambios físicos y psicológicos en cada subetapa. Asimismo, se hace hincapié en ejemplos de violencia que se encuentran en cada sistema, y cómo llegan a afectar el desarrollo de personalidad del adolescente, así como la importancia de este y otros factores de protección en un proceso de adquisición de hábitos y de creencias, con las que guiará su conducta.

En el capítulo 2 *“Dureza emocional y Personalidad”*, se introduce a las variables de estudio, describiendo sus cualidades. En el caso de los RADE, se ahonda en su conexión con la psicopatía marcando sus diferencias con otro tipo de trastornos, que comúnmente acompañan el término. Posteriormente se ofrecen datos empíricos relacionados con la adolescencia y la violencia. De igual forma con la Personalidad, destacando rasgos del eje positivo y del negativo.

En el texto también podrá encontrar algunos ejemplos de medición de las variables.

Finalmente, se recolectan investigaciones que han conjuntado a los RADE y la Personalidad de adolescentes de varios países, destacando que las investigaciones en población mexicana son escasas.

En el Capítulo 3 *Método*, se plantea la justificación que da pie a este trabajo, así como el algoritmo metodológico, por lo que se presenta la pregunta de investigación, objetivos, diseño, hipótesis, las variables de estudio, instrumentos utilizados y el procedimiento a seguir.

El Capítulo 4 *Resultados* se presentan los datos obtenidos tras los análisis realizados que responden a los objetivos planteados, con la finalidad de contrastar las hipótesis planteadas.

En primer lugar, se presentan tablas y gráficos que describen la muestra, así como datos sociodemográficos de relevancia, posteriormente los análisis por sexo y edad, finalizando con las correlaciones de Pearson de las variables de estudio.

Se concluye con el Capítulo 5. *Discusión y conclusiones*, donde se interpretan y contrastan los resultados con los hallazgos de otros estudios citados con población adolescente de México y otros países, con lo que se plantean algunas conclusiones y se abre un espacio de aportes y limitaciones que se encontraron en la elaboración de la presente investigación.

CAPITULO 1.

DESARROLLO ADOLESCENTE Y EL IMPACTO DE LA VIOLENCIA DESDE UN MODELO ECOLÓGICO- TRANSACCIONAL

Los estudios enfocados en poblaciones juveniles permiten actuar preventivamente, favoreciendo y promoviendo adultos sanos, ya que como señala el Programa Nacional de Municipios y Comunidades Saludables (2016) la adolescencia es el punto clave para la incorporación de hábitos que determinarán una adultez sana.

Debido a la cantidad de población adolescente en el país y el incremento de violencia en México, es necesario hacer una revisión de cómo este fenómeno está afectando su desarrollo. La Organización Mundial de la Salud (2003) define la violencia como el uso intencional de la fuerza o el poder físico de hecho o como amenaza contra uno mismo u otro individuo, que cause lesiones, muerte, daños psicológicos, trastornos del desarrollo o privaciones. También sostiene que la violencia es el resultado de la acción recíproca y compleja de factores individuales, relacionales, sociales, culturales y ambientales.

Por ello, el presente capítulo está dedicado a explorar el desarrollo del adolescente bajo una perspectiva ecológica, donde cada sistema en contacto con la violencia, moldean la conducta de un individuo.

1.1 ¿Qué es la adolescencia?

La adolescencia es un periodo vital exclusivo de la raza humana y transitorio ubicado entre la infancia y la adultez. Adolescencia procede de la palabra latina “adolescere”, del cual se desprenden dos significados: tener cierta imperfección o defecto y también, crecimiento y maduración (Güemes-Hidalgo et al., 2017a), para Vicente (2014), la palabra adolescente viene del participio latino adolescens, que significa “que crece” y “se desarrolla. En ambos

casos, son muy similares los constructos.

Una de las definiciones más utilizadas es la de la OMS (2020), quien la define como el periodo de crecimiento y desarrollo humano que transcurre entre los 10 y 19 años, sin embargo, en la literatura el rango de edad puede variar, ya que se suele extender el término de adolescencia tardía. Giedd (2004) demostró que hasta los 25-30 años no se alcanza el desarrollo completo de los mecanismos neurofisiológicos de la corteza prefrontal, gracias a lo cual se adquiere la capacidad para discernir lo que conviene hacer: la maduración definitiva.

Esto explicaría por qué los jóvenes están propensos a involucrarse en conductas de riesgo, como dejarse llevar por el primer impulso emocional de ira o empezar una pelea, cuando la corteza prefrontal alcanza su desarrollo completo, permite adquirir la capacidad de planeación, razonamiento y control de impulsos.

Pese a las diferencias en el rango de edad, Güemes-Hidalgo et al., (2017a) proponen la división de la adolescencia en tres etapas:

- *Adolescencia inicial o temprana*: Abarca aproximadamente desde los 10 a los 13 años, y se caracteriza fundamentalmente por los cambios puberales. En esta etapa, el desarrollo psíquico se caracteriza por la existencia de egocentrismo (se concentra en sus propias conductas, asume que los demás comparten sus perspectivas y valores.), el cual disminuye progresivamente, dando paso a un punto de vista sociocéntrico. En el desarrollo psicológico, existe labilidad emocional con rápidas y amplias fluctuaciones del ánimo y la conducta, magnifican las situaciones, falta de control de impulsos, necesidad de gratificación inmediata y de privacidad, además de metas idealistas o poco realistas (Gaete, 2015).

De acuerdo con el mismo autor, también describe el desarrollo social, donde el adolescente comienza con el deseo por independizarse y relacionarse mayor tiempo con su exterior, pone

a prueba la autoridad y los límites. Los amigos adquieren importancia, pues se vuelven fuente de bienestar, aunque también hay mayor susceptibilidad de la presión de los pares.

•*Adolescencia media*: Comprende de los 14 a los 17 años y se caracteriza por conflictos familiares, describe también un distanciamiento afectivo de la familia y mayor acercamiento con los pares, debido a la relevancia que adquiere el grupo. Es en esta etapa, cuando pueden iniciarse con más probabilidad las conductas de riesgo, debido a la impulsividad, un sentimiento de invulnerabilidad, de omnipotencia que les otorga una falsa sensación de poder. Aunque tengan conocimiento de los riesgos, se aventuran a experimentarlos por la búsqueda de recompensas o sensaciones que aumenta en presencia de los pares, quienes tienen alto poder de influencia, un ejemplo de ello, es adoptar ciertas vestimentas, conductas, códigos y valores.

•*Adolescencia tardía*: Abarca desde los 18 hasta los 25 años y se caracteriza por la reaceptación de los valores paternos y por la asunción de tareas y responsabilidades propias de la madurez. Es una etapa de camino hacia el logro de su identidad y autonomía, además de una mayor integración de la personalidad. De acuerdo con Gaete (2015) esta etapa es de mayor tranquilidad, ya que hay mayor conciencia de los límites, se adquiere aptitud para tomar decisiones de forma independiente y planear a futuro, lo que incluye metas realistas y objetivos profesionales. Los amigos tienen menor influencia en las decisiones del adolescente, pues está cómodo con sus propios principios e identidad. Al tener menos amistades (elegidas selectivamente) hay un acercamiento a la familia.

Como puede observarse, cada una implica transformaciones y adaptaciones constantes que se dan en el curso de vida dentro de varios ámbitos: físico, emocional, social y cultural (Suarez y Rico, 2018). Sin embargo, aun siendo un punto crítico en el desarrollo humano y de gran oportunidad de prevención, solía ser un sector excluido.

Como lo señala un informe titulado “Las y los adolescentes que México ha olvidado” (Save the Children, 2016) la adolescencia era contemplada dentro de grupos de población infantil (0-17 años) o el de los jóvenes (15-29 años), omitiendo con ello las necesidades específicas que el sector ubicado entre 12 y 18 años requiere. Como consecuencia, no solo se tiene un sector excluido, también la carencia de datos desagregados para esta población que permitan tener mayor claridad de los problemas que enfrenta y de la integralidad que requiere su atención.

Aunado a ello, los adolescentes continúan expuestos a otro tipo de riesgos como accidentes, violencia, delincuencia, uso y consumo de drogas, conductas sexuales arriesgadas, embarazos, problemas familiares, escolares, tecnologías de la información, trastornos mentales, entre otros (Güemes-Hidalgo et al., 2017b).

Referente a las conductas de riesgo, entendidas como acciones o actividades que generalmente no son planeadas o evaluadas, que implican negligencia, poca visibilidad del peligro y dificultad para medir las consecuencias, deben ser prevenidas, ya que no solo vulneran la salud física o emocional del adolescente, sino también pueden extenderse las consecuencias a terceros (Costa et al., 2005).

Aunque son conductas que generalmente están presentes en la etapa de la adolescencia, hay ciertas características como el sexo, la edad, la etnia, la condición económica o un contexto vulnerable, que aumentan la probabilidad de presentarlas y desarrollar problemas de salud (Costa et al., 2005; Luna, 2013).

1.2 El desarrollo adolescente desde un modelo ecológico-transaccional

Para comprender el desarrollo humano es necesario observar al sujeto en sus contextos cotidianos, por tanto, mirar al adolescente desde un modelo ecológico permite entender que

su relación con el ambiente es bidireccional, considerando así factores intrínsecos y extrínsecos para explicar su comportamiento, asumiendo una postura integral y dinámica (Bronfenbrenner, 1987).

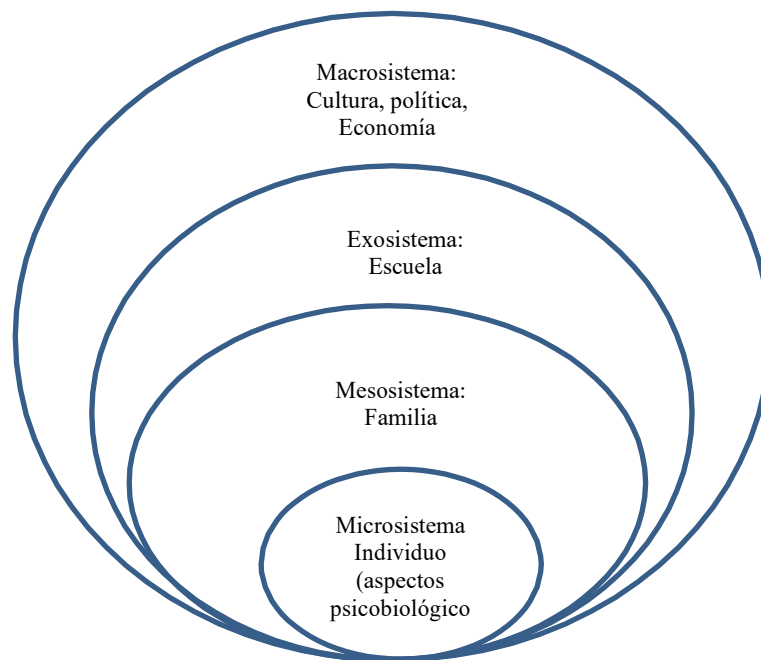
Para entender su influencia y el funcionamiento en el desarrollo del adolescente, primero se deben considerar las estructuras que componen el modelo. Bronfenbrenner (1987) las nombra microsistema, mesosistema, exosistema y macrosistema, las cuales caben una dentro de la siguiente como muñecas matrioska. Recientemente, Barcelata (2015) las retoma señalando que las conductas que los adolescentes adquieren pueden ser de protección o de riesgo, dependiendo el contexto y su interacción. A continuación, se describen de acuerdo con la misma autora:

1. **Microsistema:** el subsistema perteneciente a él es el individuo, la naturaleza de sus factores son de tipo biológicos (antecedentes familiares de salud, temperamento, problemas congénitos), sociodemográficos (edad y género) y psicológicos (locus de control, autoestima, personalidad, competencia social, académica y emocional, entre otros).
2. **Mesosistema:** Su subsistema es la familia, y se presentan factores de tipo sociodemográficos (ingreso familiar, escolaridad, edad, ocupación) y psicológicos (comunicación, redes familiares y apoyo, afrontamiento familiar, etc.)
3. **Exosistema:** La escuela es su subsistema, por tanto, los factores son de naturaleza académica, tales como el rendimiento escolar o los modelos educativos, y de tipo interaccional, comprendidos por las relaciones con los pares y maestros.
4. **Macrosistema:** El subsistema que le corresponde es la cultura, política y socioeconomía, los factores relacionados son el desarrollo económico, los servicios de salud, clima social, influencia de patrones de conducta sociales, apoyo

comunitario, sistema de creencias, cultura y valores.

Imagen 1

Modelo ecológico transaccional



Como mencionan Cicchetti y Toth (1997), los modelos ecológicos/transaccionales tienen la ventaja de facilitar el entendimiento de cómo factores múltiples pueden influir en el desarrollo del individuo. De acuerdo a esta perspectiva, los problemas de una persona pueden ser entendidos desde varios niveles que interactúan de maneras recíprocas.

Además de los problemas, también la conducta puede ser analizada, ya que la interacción de los sistemas y de socialización la producen (Monreal et al., 2013), por tanto, ante la complejidad de las interacciones, es importante comprender si los adolescentes logran adaptarse a su medio y si sus conductas están orientadas a su protección o a tener contacto

con algún riesgo.

De acuerdo con Masten et al., (2006) la adaptación es entendida como una capacidad, cuyo fin es equilibrar los recursos internos y externos en función de las demandas del medio, con el objetivo de lograr el balance personal. Esto se puede observar a partir de los siguientes indicadores: funcionamiento dentro de una norma, ausencia de psicopatología o problemas emocionales y la adquisición de competencias.

Parte de la importancia de la adaptación radica en la percepción de amenaza, ya que como señala la OMS (2002) cuando se acumula estrés psicosocial, como consecuencia se deteriora la calidad de la salud provocando incluso la muerte. Masten (2001) también habla de la mala adaptación, denominada “maladaptive”, que se caracteriza por las escasas competencias sociales y reducidos recursos psicosociales.

Otros de los efectos de una mala adaptación se observan en el desarrollo normal del adolescente, poniéndolos en riesgo de desarrollar psicopatologías y generando violencia. Al respecto, Cicchetti y Valentino (2006) desarrollan una perspectiva organizacional del desarrollo, conceptualizando estas complejidades y explicando como en cada nivel del modelo ecológico se dan procesos cuya influencia recíproca, moldean el curso del desarrollo. Por tanto, si bien la violencia y otros fenómenos están relacionados con la capacidad de adaptación del adolescente, también la influencia que recibe de su ambiente va a fomentarla o reducirla.

Siguiendo esta línea, para una mejor comprensión es necesario hacer una revisión de cómo influye cada nivel del modelo ecológico en el desarrollo del adolescente, comenzando desde el microsistema hasta el macrosistema.

1.3 Violencia en la adolescencia: Factores personales

Como anteriormente se mencionó, al hablar del desarrollo humano deben considerarse factores de carácter extrínsecos e intrínsecos. En este apartado, se resaltan estos últimos para una mejor comprensión de las conductas de los adolescentes, sin embargo, no debe perderse de vista el papel de los factores extrínsecos, que posteriormente se retomarán.

Primero, cabe recalcar que el proceso de maduración cerebral en la adolescencia, está apenas comenzando. Como mencionan Luna et al. (2001), al principio de la adolescencia la autorregulación conductual dependía exclusivamente de un inmaduro córtex prefrontal, mientras que al final de la etapa, la responsabilidad de control y las respuestas ante distintas situaciones, se encuentra repartida entre varias áreas cerebrales ya integradas, aumentando su eficacia. Por tanto, se habla de una mejora progresiva en estructuras límbicas como la amígdala, el hipocampo y el núcleo caudado, que tiene lugar aproximadamente a partir de los 20 años, y que conllevará a importantes avances en el control cognitivo y en la inhibición de emociones y conductas, con lo que también disminuirá la impulsividad (Godberg, 2001; Weinberg et al., 2005).

Hasta que eso suceda, las conductas de los jóvenes serán de naturaleza impulsiva y emocionales por la poca maduración de sus estructuras subcorticales y la escasa intervención de la corteza prefrontal (Eshel et al., 2007). Por ello, es común que los adolescentes adopten conductas de riesgo que, en determinado momento, podrían orillarlos incluso a involucrarse en conductas ilícitas en un futuro (Aguilar, 2012).

Dichas conductas de búsqueda de emociones, conllevan una excitación fisiológica placentera inmediata, aunque los resultados pudieran ser indeseables, como la conducción temeraria, el consumo de sustancias, el comportamiento antisocial o el mantenimiento de relaciones sexuales sin usar métodos anticonceptivos (Boyer, 2006). Esas sensaciones experimentadas,

son similares a las conductas adictivas, ya que implican la toma de decisiones, pues el adolescente debe decidir si se involucra o no en un comportamiento con una recompensa o sensación placentera inmediata, pese al riesgo que le acompañe.

De acuerdo con Hidalgo y Júdez (2007), otros de los factores de índole individual que se encuentran relacionados con estas conductas son: la susceptibilidad heredada, por ejemplo los hijos de padres alcohólicos, que tienen mayor probabilidad de abusar del alcohol, de forma similar es el caso con los padres con problemas psicopatológicos; el sexo, como la idea de que los hombres se asocian a un mayor riesgo de violencia y drogas; y el uso de alcohol y drogas. Por su parte, Azaola (2017) añade la historia personal, la impulsividad, el bajo nivel educativo y haber sufrido maltrato.

En otros estudios realizados, el papel de la impulsividad también fue relevante, ya que resultó ser predictora de conductas delictivas y violentas (Jiménez-Barbero et al., 2016) pues favorece el aumento de comportamientos dañinos (Andreu et al., 2009).

También se ha encontrado gran influencia de los factores psicológicos asociados a conductas de riesgo, entre ellas: las creencias y expectativas hacia las drogas (influyen en su uso), las creencias sobre la violencia (de ellas dependen que se ejerza o no), problemas de tipo psiquiátrico, que provoquen abuso de drogas y conductas delictivas (ansiedad, depresión, TDAH, personalidad antisocial, trastornos de conducta y esquizofrenia), baja inteligencia y autoestima, rebeldía, dificultad para relacionarse, y la falta de empatía (Hidalgo & Júdez, 2007). La evidencia empírica también sugiere que existe una relación significativa entre ser víctima de maltrato y, posteriormente, desarrollar conductas delictivas (Quas et al., 2002).

Así como existen factores de riesgo, también existen de protección. De acuerdo con Godwin y Helms (2002) hay factores que pueden corregir o reducir las conductas criminales. Entre ellos describe el temperamento resistente, el control comportamental, autoestima adecuada,

ausencia de abuso de consumo de sustancias, éxito escolar, relación positiva con los pares, modelos educativos eficaces, entre otros.

Por otro lado, las emociones también poseen la cualidad ambivalente de ser un factor protector y de riesgo, pero de ser controladas pese a la adversidad biológica, pueden marcar la diferencia entre involucrarse en conductas de riesgo o no.

De acuerdo con Bisquerra (2009), las emociones son reacciones afectivas espontáneas, que se dan a conocer por situaciones o eventos significativos. Así mismo, conceptualiza la emoción como un estado complejo del ser humano, que se caracteriza por una perturbación que predispone a la acción, por tanto, las emociones influyen en nuestra forma de pensar, actuar y sobre todo en nuestra salud mental.

Desde la perspectiva del procesamiento de la información, la emoción le indica a la persona el funcionamiento individual y grupal que requiere para el logro de acciones adaptativas con su entorno, es decir, la emoción es un camino de contacto con la realidad (Samper, 2014).

En términos biológicos, el producto de la maduración temprana del sistema cerebral socioemocional en comparación con el sistema de control cognitivo, provoca que, en condiciones de excitación emocional, el primero sobrepase la capacidad regulatoria del segundo que es relativamente inmaduro. Es decir, en situaciones emocionalmente cargadas, es mayor la probabilidad de que sean las emociones las que influyan en las conductas, en lugar de la racionalidad (Gaete, 2015).

Para que el impacto sea menor, deben desarrollarse competencias emocionales, es decir, desarrollar la capacidad de manejar o autorregular las emociones. Bisquerra y Pérez (2007) las definen como el conjunto de conocimientos, capacidades, habilidades y actitudes

necesarias para comprender, expresar y regular de forma apropiada los fenómenos. Por otro lado, Ibarrola (2011) menciona como competencias emocionales las siguientes:

- 1) Autoconciencia: capacidad de reconocer un sentimiento en el mismo momento en el que aparece.
- 2) Autocontrol: controlar la expresión de nuestros sentimientos y emociones, y adecuarlos al momento y al lugar.
- 3) Automotivación: las personas que tienen esta habilidad suelen ser más eficaces; se fijan metas, mantienen el esfuerzo y la perseverancia.
- 4) Empatía: entender lo que sienten las otras personas, incluyendo aquellas con las cuales no simpatizamos.
- 5) Destreza social: implica dirigir a las personas, sabiendo relacionarse con ellas y hacer algo en común, es decir, entenderse con los demás.

Pero, ¿qué sucede cuando los adolescentes no cuentan con competencias emocionales? Gratz y Tull (2010) refieren que las dificultades para regular emociones son base de diversos problemas psicológicos clínicos. Los adolescentes con dificultad para regular sus emociones, suelen oscilar la intensidad de un extremo a otro, pasan de la felicidad a la euforia y, en el intento por regular, existe escaso control de impulsos que da como resultado conductas de riesgo.

Otros estudios realizados en población española muestran cómo los procesos emocionales se correlacionan con la conducta agresiva y con la conducta prosocial, destacando la inestabilidad emocional como la principal predictora de la agresividad y la emocionalidad empática y no impulsiva como mejor predictora de la conducta prosocial (Garaigordobil, 2004; Mestre et al., 2002).

En E.U, Bohnert et al., (2003) hicieron un estudio con 87 niños de 7 a 10 años, donde encontraron que aquellos con niveles altos de conducta agresiva (informados por las madres) se caracterizaron por presentar déficits en varios componentes de la competencia emocional y expresiones faciales de ira más intensas y frecuentes (evaluadas mediante observación). Además, los informes de las madres indicaron que los niños valorados como más agresivos eran, en general, menos capaces de regular su ira. Así, los niños con alta inteligencia emocional puntuaron más alto en el factor prosocial y más bajo en el factor antisocial.

En China, Siu (2009) examinó en qué medida la inteligencia emocional rasgo se relacionaba con problemas internalizados y externalizados en una muestra de 325 adolescentes. Los resultados de este estudio mostraron una relación inversa entre inteligencia emocional y problemas de conducta. Es decir, a mayor automanejo de sus emociones, menor era la relación con problemas de conducta, y el manejo inadecuado de las emociones puede conducir a niveles altos de problemas de conducta, tales como agresividad y delincuencia.

En España, Garaigordobil y Oñederra (2010), estudiaron la relación entre ser víctima de acoso escolar y ser agresor y diferentes parámetros asociados a la inteligencia emocional (emotividad, eficacia, pensamiento supersticioso, rigidez, pensamiento esotérico e ilusión) en una muestra escolar de 248 jóvenes de 12 a 16 años. Los resultados mostraron que los adolescentes que habían sido víctimas de bullying y los adolescentes con altas puntuaciones en conductas antisociales-delictivas presentaron un bajo nivel de inteligencia emocional.

De manera similar, en una muestra de 314 adolescentes entre los 12 a 17 años, Inglés et al. (2015) encontraron que los adolescentes con altas puntuaciones en agresión física, agresión verbal, hostilidad e ira presentaron puntuaciones significativamente más bajas en inteligencia emocional. Este patrón coincidió en ambos sexos y fue igual para los rangos de edad de 12 – 14 y 15 – 17 años.

Sin duda, con el paso de los años, la agresividad en ámbitos como el escolar y el familiar, es creciente la participación de los adolescentes. Diferentes estudios han coincidido en que ha aumentado la conducta agresiva y la inestabilidad emocional desde los últimos años de la infancia hasta la adolescencia (Chaux, 2003; Farrington, 2004; Samper et al., 2006).

Como es de observarse, los estudios citados coinciden en que la escasa capacidad de regular las emociones constituye un factor de riesgo y tiene relación con conductas de agresivas, mientras que mantienen una relación negativa con la empatía. Dicho de otra forma, la regulación emocional (el auto monitoreo, la evaluación y la modificación de reacciones emocionales) disminuye la probabilidad de llevar a cabo conductas de riesgo (Marín et al., 2012). También se ha comprobado que las personas más estables emocionalmente poseen una mayor autoestima, mayor capacidad de autocontrol en situaciones adversas, tienden a la planificación de la acción actuando eficazmente y afrontando situaciones, aprendiendo de estas aun cuando suponen fracaso (Bermúdez et al., 2003).

Además de la regulación emocional, la empatía, entendida como la capacidad de ponerse en el lugar del otro, demostrar preocupación por el otro y comprenderlo, es un factor de protección de la agresividad (Carlo et al., 2010).

Por otro lado, las estrategias de afrontamiento y la gestión de las emociones, influyen sobre la conducta agresiva. En un estudio realizado, que parte del supuesto de que la agresividad va a estar relacionada con los mecanismos de afrontamiento y el manejo de las emociones: inestabilidad emocional o empatía, los resultados fueron que la inestabilidad emocional se relaciona positivamente con el afrontamiento improductivo y este con la agresividad de jóvenes de 12 y 15 años. La inestabilidad emocional y la falta de autocontrol en situaciones sociales, como resultado de la escasa capacidad para frenar la impulsividad y la

emocionalidad, correlaciona negativamente con la empatía y tiene un efecto directo y positivo sobre la agresividad (Mestre et al. 2012).

En este sentido, es importante enseñarles a los adolescentes a gestionar sus emociones, lo cual se traduce en mayor habilidad para afrontar situaciones conflictivas como a manifestar conductas más adaptadas socialmente (Samper, 2014).

1.3.1 Factores familiares

Para explicar los cambios biológicos, psicológicos y sociales de la adolescencia, se debe involucrar a la familia, ya que se considera al desarrollo como un proceso con una determinación histórico-social (Águila et al., 2017). Además, la familia al ser el primer sistema al que el individuo tiene acceso, será la precursora de conductas agresivas y de ciudadanos que puedan ajustarse o no a las normas de una sociedad (Fernández, 2017).

De esta forma, todo lo que el adolescente aprende, tanto la expresión de sentimientos adecuados o inadecuados, la personalidad y patrones de conducta, son resultado de la dinámica familiar en que se encuentra, y lo que ahí aprendan, lo enseñara a su vez a sus hijos (Águila et al., 2017).

Por tanto, es importante contemplar a la familia al hablar del desarrollo de sus miembros, pues es en este sistema donde se modelan sentimientos, se ofrecen patrones de conductas, pautas y normas de convivencia, un adecuado vínculo y funcionamiento familiar con disponibilidad de tiempo de los padres hacia los hijos, comunicación, rituales familiares, cohesión, adaptabilidad y actividades en conjunto (Schmit, 2005).

Es precisamente esa unión familiar la que abre la posibilidad de que el adolescente mantenga un canal de comunicación, compartiendo con ellos en que contextos externos está involucrado, ya que en esta edad las relaciones entre pares toman mayor relevancia para su

sano desarrollo y, para contribuir, el control parental se vuelve clave, logrando evitar exposición excesiva en situaciones de riesgo (Barber et al., 2005).

En estudios realizados por Meschke et al., (2002), se ha demostrado que las relaciones positivas con la familia protegen al adolescente. Cruise et al., (2007), encontraron que la percepción de adolescentes de cohesión y apego familiar, ha sido un factor protector que logra minimizar comportamientos disruptivos y delictivos. Por consiguiente, a favor del desarrollo adolescente, sería necesario enseñar a los padres a fomentar conductas prosociales, a educar con apoyo, afecto y comunicación, evitando ejercer un control autoritario de la conducta (Mestre, 2014).

En contraparte, los conflictos familiares pueden ser perjudiciales para el desarrollo de los jóvenes pues, en su mayoría, surgen a partir de la incapacidad de los padres de comprender las necesidades de autonomía características de la etapa, llevando al adolescente a compartir mayor tiempo con sus pares (Rodrigo et al., 2005). Rodrigo et al., (2008) añaden que, si bien los conflictos son generadores de efectos adversos, el verdadero impacto está en la forma de resolución de los mismos.

Rutter (2000) demostró que las adversidades, la negligencia, el maltrato o el conflicto familiar, aumentan el riesgo de que se presenten problemas emocionales y de conducta, un ejemplo son los niños en situación de abandono y dados en custodia. Los hallazgos de Heck y Walsh (2000) informaron que, en su muestra de delincuentes, los menores con signos de maltrato procedían de hogares en los que el padre o la madre se habían marchado, abandonando a la familia.

Cerezo y Vera (2007) obtuvieron resultados similares, donde aquellos adolescentes que reportaron maltrato de tipo psicológico y físico, presentaron conducta delictiva, confirmando la asociación entre el maltrato infantil y la actividad antisocial y delictiva en la adolescencia.

A la par, se ha demostrado que la mala relación padres-hijos, se asocian con el abuso de drogas y conductas delictivas (Hidalgo & Júdez, 2007).

Aunque dichas conductas puedan estar en su mayoría relacionadas con los varones, se ha demostrado que en las mujeres la situación es similar. Un estudio realizado en Brasil, donde su muestra fue de 50 mujeres adolescentes que cumplían con sanciones judiciales, se encontró asociación con eventos estresantes familiares como no recibir atención ni cuidados de sus padres o no poder conocerlos, incluyendo muerte de alguno de los padres o hermanos (Dell'Aglio et al., 2005).

Además de esos factores, existen otros que se encuentran relacionados con las conductas de riesgo en adolescentes, Hidalgo y Júdez (2007) describen los siguientes: Educación paterna (padres que no establecen límites o que ejercen un estilo de crianza autoritario, tienen mayor probabilidad de que los hijos usen drogas, además de presentarse conductas problemáticas), tener padres antisociales y con interacciones disfuncionales (los hijos suelen aislarse o asociarse con grupos violentos y presentar conductas antisociales), las actitudes positivas de los padres hacia las drogas (pueden influir en la opinión de los hijos, y ellos adoptar similar visión sobre el tema), colaboración de los hijos con los padres en el consumo de alcohol (comprar el alcohol, servirlo), los conflictos familiares, abuso físico y sexual, la invalidación de la figura paterna (en hijos varones obstaculiza asumir la autoridad y el valor de la ley).

1.3.2 La escuela

La escuela, es otro de los sistemas que tienen temprana influencia sobre el adolescente, donde los jóvenes deberían estar alejados de un ambiente violento y comportamientos hostiles, para así aprender a vivir independientes, aprender a respetar los derechos de terceros y asumir sus obligaciones y responsabilidades (Mestre, 2014). Sin embargo, al contrario de muchas

creencias de los padres, la escuela no tiene la obligación solitaria de asumir la responsabilidad de la educación de los jóvenes en una sociedad donde parte de los valores y la información se encuentran en la estructura de la sociedad (Fernández, 2017), tema que será revisado en el siguiente apartado.

Mestre (2014) señala que parte de la responsabilidad del contexto educativo, sería inhibir conductas violentas en la escuela, reducir el acoso y fomentar la aplicación de programas orientados a la enseñanza de la empatía, el apego entre pares, aumentar las emociones positivas y controlar las emociones negativas. Desafortunadamente, la violencia es un fenómeno que está presente en los centros escolares, una realidad manifiesta socioeducativa que, además de perjudicar el proceso de enseñanza aprendizaje, tiene graves repercusiones sobre las relaciones sociales en el aula, tanto entre compañeros, como en la relación alumno-profesor (Steffgen et al., 2013).

Respecto a la relación alumno-profesor, cada vez son más los estudios que abarcan la actitud hacia la autoridad institucional, pues se ha encontrado en muestras de adolescentes con problemas de conducta que, así como demuestran conductas de desacato en la escuela, también las reproducen con autoridades en el contexto social, es decir, la policía (Emler, 2008).

En cuanto a la relación con los pares, es común distinguir violencia manifiesta, que alude a comportamientos dirigidos a causar daño físico, y violencia relacional, cuyo objetivo es dañar la reputación social de las víctimas y aislarla de su grupo de amistades, utilizando incluso al grupo de compañeros contando rumores, excluyendo o con rechazo social (Little et al., 2003), de hecho, en esta etapa, las amistades pueden potenciar el riesgo de realizar actos violentos cuando los amigos aprueban o hacen uso de esos comportamientos (Azaola, 2017).

Aunque las consecuencias parecieran recaer en las víctimas, los agresores también las sufren.

Hidalgo y Júdez (2007) señalan que la mala adaptación y el déficit de atención influyen en el bajo logro escolar, la falta de compromiso y mala relación con la escuela, el absentismo escolar (asociado con el abuso de drogas y la delincuencia), las actitudes de rechazo hacia aquellos alumnos problemáticos, que a su vez incrementan en ellos el rechazo hacia los estudios y sentimiento de exclusión, los hace vulnerables a conductas delictivas.

Diego et al., (2003) encontraron que el desempeño y el logro académico, son factores protectores para evitar el consumo de sustancias en adolescentes. Wiesner y Silbereisen (2003) encontraron que el bajo logro escolar predice altos puntajes de conducta delictiva, al igual que influye en la agresión en la adolescencia (Swaim et al., 2006). Otros estudios sustentan que el bajo apego escolar y el fracaso académico, predicen conducta antisocial en varones (Sobral et al., 2000).

1.3.3 Influencia del contexto social

Ubicando a adolescente en un modelo ecológico, resulta indispensable considerar variables macroestructurales, como el desarrollo económico de un país, una región o una comunidad, que pueden representar un riesgo al afectar de manera directa o indirecta el desarrollo de los adolescentes (Barcelata, 2015). Incluso quienes explican los cambios biológicos y psicológicos de la adolescencia, involucran a la sociedad en general (Águila et al., 2017), ya que como se mencionó anteriormente, su desarrollo se considera como un proceso que tiene una determinación histórico-social.

Actualmente, se cuenta con evidencia sobre la influencia de las normas socioculturales, los valores y los estándares predeterminados por la sociedad en los jóvenes, quienes al adoptar e internalizar toda esa información cultural, su conducta se ve modulada por la misma cultura. Esto explicaría por qué en algunas culturas abundan las conductas prosociales y el trabajo en equipo, y en otras dominan las conductas violentas, egoístas y se enseña la mentalidad

individualista (Garaigordobil, 2017).

Pese a la probabilidad de que los adolescentes enfrenten situaciones de riesgo como la delincuencia juvenil, el consumo de sustancias, entre otros (Arenas et al., 2009), hay estudios que señalan un incremento de riesgo para aquellas familias en contextos psicosociales vulnerables (Rodrigo et al., 2008).

De acuerdo con Azaola (2017), a menudo la heterogeneidad y alta densidad de la población, han sido asociados con alto nivel de violencia. Este fenómeno sobresale en aquellas comunidades aquejadas por el tráfico de drogas, altos niveles de desempleo o el aislamiento social generalizado (desconocimiento entre vecinos, poca o nula participación en actividades locales). Otras características generadoras de violencia son las normas sociales que la apoyan como solución ante conflictos, el machismo, normas que aprueban el uso de la fuerza policial contra los ciudadanos, políticas económicas y sociales donde existen altos niveles de desigualdad entre los grupos de la sociedad.

Desde luego, dichas normas entrarán en contacto directa o indirectamente con el adolescente, provocando que, en su comunidad, sea posible adquirir drogas y armas. Pese a la poca aceptación social, es probable que el joven se involucre en círculos donde promuevan su consumo o se normalicen actos delictivos como consecuencia del desempleo, y en el caso de las armas, ser testigo de violencia, aumentando el riesgo de imitar conductas violentas que, a su vez, se asocia con problemas emocionales. Por otro lado, están los medios de comunicación, donde a los personajes ligados a narcotráfico se les asocia con glamour y éxito social, promoviendo su aprendizaje (Hidalgo & Judéz, 2007).

Al respecto, desde hace años se ha estudiado la influencia de la televisión y su impacto en adolescentes. Para ello, se utilizaron escenas ficticias con alto contenido de violencia física y de situaciones reales, que incluyen guerra, asesinatos en vivo, accidentes, entre otros. En

ambos casos, se demostró que los participantes se hacían insensibles al estado de sufrimiento del otro (Pearl, 1987; Fernández, 2017).

Este dato es relevante, ya que como menciona Fernández (2017) la televisión es el principal medio de comunicación que provee información y transmite valores, además de ser el medio más cercano e inmediato de los hechos violentos, llegando a normalizar el contenido e incluso ver a la violencia como un medio para resolver conflictos y obtener poder. Desde luego, también está sujeto a la frecuencia de imágenes en el transcurso del día, sin embargo, el mismo autor menciona que los espacios infantiles es donde se exponen en mayor medida actos violentos, y aunque se ha comprobado que aquellos niños que reflexionan dichas escenas y comparten alternativas de acción con un adulto tienden a no reproducir su contenido, al tratarse de México, existe variedad de estímulos que promueven la violencia, como la música de audiencia juvenil, telenovelas, series, incluso juguetes de venta comercial, lo que aumenta la probabilidad de que esas conductas sean aprendidas y repetidas por los jóvenes.

1.4 El desarrollo del adolescente en México

La salud de los adolescentes es un elemento clave para el progreso social, económico y político de los países, cuando los adolescentes no llegan a la edad adulta en condiciones óptimas de salud y educación, implica al país un elevado costo social y económico para el gobierno (Ministerio de Salud de Chile, 2012).

De acuerdo con cifras del 2015, de la población mundial, el 16% corresponde a jóvenes que se encuentran en un rango de edad de 15 a 24 años, es decir 1.200 millones de individuos (Organización de las Naciones Unidas, 2015). En 2018 se estimaron 13.7 millones de adolescentes de 12 a 17 años, lo que representa 34.5% de la población total de menores de 18 años en el país (Instituto Nacional de Estadística y Geografía, 2018b).

Como se puede observar, los adolescentes ocupan un alto porcentaje poblacional, por desgracia, en México son pocas las oportunidades orientadas al bien de este sector, además de ser un país con altos índices delictivos, repercutiendo de manera directa o indirectamente en los adolescentes al ser testigos de un ambiente hostil. Este hecho lo corrobora el INEGI (2019a) con los resultados del vigésimo cuarto levantamiento de la Encuesta Nacional de Seguridad Pública Urbana realizada en la primera quincena de junio de 2019, durante ese mes 73.9% de la población de 18 años y más consideró que vivir en su ciudad es inseguro. Para describir el contexto, es conveniente hacer una remembranza de los hechos violentos que ocurren en el país.

Sólo considerando homicidios, la Ciudad de México (CDMX) tiene aparición dentro del top 10, en datos registrados por el Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública en 2019: en 2015, la CDMX ocupó el noveno lugar en el ranking, con 627 casos; en 2016 y 2017, décimo lugar con 706 y 859 casos respectivamente, y en 2019, el noveno lugar con 1,233 homicidios registrados en la ciudad. Cada año hay incremento de violencia que paralelamente afecta a la población de adolescentes mexicanos, pues son reclutados cada vez con más insistencia por las bandas criminales y formando así grupos delictivos organizados que, de acuerdo con la Convención de Naciones Unidas contra la Delincuencia Organizada Transnacional, tienen la característica de estar conformadas por tres o más personas y que actúe concertadamente con el propósito de cometer uno o más delitos graves con el objetivo de obtener un beneficio económico o material (Comisión Nacional de los Derechos Humanos, 2019b).

Probablemente, sea consecuencia de la violencia percibida, que los adolescentes sean participes en el fenómeno, en suma, Benjet et al. (2008) señalan que en México, los dos trastornos que aquejan a los adolescentes son el control de impulsos y de conductas antisociales.

En 2012, se realizó una encuesta en los Centro Federales de Readaptación Social, donde se descubrió que el 25% de los detenidos se encuentran en un rango de edad entre los 21 a 30 años. Desde ese año hasta el 2016, los hombres entre 18 y 29 años han sido los principales infractores de la ley (INEGI, 2017). En 2017, 189 adolescentes cometieron algún delito, entre ellos robo (91), homicidios (54) y secuestro (20), cifra que aumento en el 2018 a 219 jóvenes en conflicto con la ley por los mismos cargos (90 por robo, 51 por homicidio y 24 por secuestro).

El estudio de *“Factores de Riesgo y Victimización en adolescentes que cometieron delitos de alto impacto social”* (Reinserta Un Mexicano, 2018), reportó que el total de adolescentes en conflicto con la ley fueron 6,144, de los cuales el 24.6 % cumplen una medida privativa de libertad. De ellos, el 36.8% están privados por homicidio, 27.8% por robo y el 18.2% por actos contra la libertad. El estudio también divulgó que, de esa muestra, la edad promedio fue de 17 años, 2 de cada 10 tiene un hijo o más, del 62.4% sus familiares percibían un ingreso menor a 7,000 pesos mensuales, 1 de cada 4 reportó haber pasado hambre por lo menos una vez, el 27.6% reporto consumo de alcohol o drogas en su familia, el 31.9% consumía alcohol de forma frecuente, una cuarta parte de los adolescentes describió tener amistades que los invitaban a robar, salirse de la escuela, pelear, estar en pandillas delictivas y otras conductas que ponían en riesgo su vida y el 39% ya había cometido un delito a los 13 años sin consecuencia alguna.

Hasta ahora, el panorama apunta como blanco fácil al sector juvenil, son un sector vulnerable y, en ocasiones, son víctimas de la sociedad. Los niños y adolescentes expuestos a la violencia que requieren ayuda desesperadamente, a menudo terminan aislados. En lugar de responder de manera en que se pueda reparar el daño que han sufrido por el trauma y la violencia, la respuesta más frecuente por parte de comunidades, cuidadores y pares, es el rechazo, lo que incita sus comportamientos negativos. A menudo estos niños son aislados de

sus familias, escuelas y vecindarios y terminan en múltiples hogares y albergues y, en último término, en los centros de internamiento de las instituciones de justicia (Department of justice, 2012).

Además del rechazo de aquellos sistemas que entran en directo contacto con el adolescente, tampoco se ven beneficiados de los macrosistemas. De acuerdo con *Save the Children* (2016), este sector no se está beneficiando de los progresos en el desarrollo, por el contrario, la combinación tóxica de la pobreza y la discriminación, influyen negativamente en sus decisiones, en sus oportunidades de desarrollo presente y futuro, así como el ejercicio pleno de sus derechos.

1.5 La psicopatía en adolescentes

En apartados anteriores, se ha mencionado constantemente a la sociedad y su influencia en el desarrollo humano. Para ello, se han creado normas morales que los miembros deben cumplir, asegurando un ambiente de aceptación y adaptación funcional, es decir, se somete a un proceso de psicosocialización, aunque no es aplicable a todas las personas (Argyle, 2007).

La psicopatía data desde el siglo XVII, cuando se observaba que algunos individuos actuaban de manera distinta a los demás, sin embargo, es dos siglos después cuando se busca nombrar al fenómeno. En ese siglo se utiliza el término “manía sin delirios” y se describía como una alteración de las funciones afectivas, sin una disfunción intelectual, con una tendencia ciega hacia la violencia (Pozuelo et al., 2011).

Posteriormente se vuelve un tema con mayor relevancia, ya que se percataban de más personas que, sin señal alguna de culpa o empatía, perturbaban y afectaban vidas provocando daños a base de engaños con más frecuencia de lo habitual, fracturando así sus relaciones sociales y adoptando un comportamiento antisocial (García et al., 2017).

Es por ello que, además del trastorno de conducta antisocial (TCA), la psicopatía es asociada e incluso confundida con otros trastornos. Un ejemplo es la psicosis, ya que etimológicamente, psicópata proviene del griego *psiquis* que significa alma y *patos* que es dolencia, concluyendo que es una dolencia del alma (Araque, 2014).

Actualmente, la psicopatía es considerada un grave trastorno de la personalidad y un estilo de vida que complica la interacción social armoniosa y la productividad (López, 2013; García et al., 2017), que se caracteriza por involucrar las dimensiones afectiva, interpersonales y conductuales, como la insensibilidad, emociones superficiales, falta de empatía, sentimientos de grandiosidad, manipulación y constante violación de las normas (Hare, 1991; Collins et al. 2014). Salvador et al. (2017) añaden que los patrones de conducta que tienen los psicópatas se desvían de las conductas socialmente aceptadas conduciendo a la disfunción social.

De acuerdo con Araque (2014), los síntomas se catalogan en positivos y negativos. Los positivos hacen referencia a un exceso de las funciones normales provocando disfunciones como la distorsión, exageración, ideas delirantes, lenguaje y comunicación desorganizadas. En los negativos se destaca poca motivación, y las conductas que lo demuestran son el aislamiento social, poca expresividad de emociones, apatía, poca atención e higiene personal.

Aunque los síntomas concuerden entre los diferentes autores, lo importante al momento de diagnosticar es valorar la cantidad y grado de cada uno. El manual de clasificación internacional de enfermedades (CIE) considera presencia de psicopatía o trastorno disocial de la personalidad (TDP) cuando existe un mínimo de tres aspectos siguientes: falta de empatía, despreocupación por cumplimiento de normas, reglas y obligaciones sociales, baja tolerancia a la frustración que pueda conducir a reacciones violentas, incapacidad de sentimiento de culpa o sin temor al castigo y culpar a terceros. A diferencia del CIE, el manual de diagnóstico y estadístico (DSM) nombra a la psicopatía como trastorno de la personalidad

antisocial (TDP) e integra en su evaluación rasgos como la incapacidad emocional, lo que permite hacer la diferenciación entre la población de delincuentes con y sin psicopatía (Torrubia & Fuentes, 2008).

Hasta ahora, la literatura se relaciona con la población adulta, no obstante, también se considera que la psicopatía se presenta en adolescentes e incluso infantes. Al respecto, existe un debate entre autores, ya que algunos, como Seagrave y Grisso (2002) argumentan que existe similitud entre los ítems que evalúan la psicopatía, en especial el factor afectivo, y características del desarrollo adolescente, como son la grandiosidad, ausencia de empatía y remordimiento, y comportamiento antisocial, por lo que sería preferente utilizar el concepto rasgos psicopáticos al referirse a la población juvenil, evitando así adjudicar etiquetas poco éticas.

Por otro lado, el debate se extiende ya que, por un lado, se considera que al tratarse de características normales del desarrollo adolescente, al llegar a la etapa adulta, esos signos de psicopatía desaparecerán (Petrila & Skeem, 2003), en cambio, otros autores afirman que esos síntomas convergentes son relevantes y ayudan a detectar psicopatía en adultos a temprana edad (Johnstone & Cooke, 2004).

Por tanto, se habla de dos teorías que se esbozan en explicar la violencia en los jóvenes. La primera corresponde al patrón persistente del ciclo vital, donde los rasgos de dureza emocional son la principal característica y explicación de fenómenos tales como la conducta delictiva que persisten hasta la adultez. La segunda teoría del patrón limitado a la adolescencia, plantea que los problemas conductuales desaparecen en la edad adulta (Baker & Maughan, 2009).

Aún con dichas diferencias teóricas, existen estudios en menores de edad que demuestran que la psicopatía comienza a desarrollarse desde la infancia (Lynam et al., 2008), y los

indicadores observados en los infantes y adolescentes con trastornos de conducta son la dureza emocional y la poca regulación de emociones (Bayliss et al., 2010).

Como ya se mencionó, otro indicador relevante en la psicopatía que comparte con el desarrollo adolescente es el comportamiento antisocial. De acuerdo con Araque (2014) este rasgo también tiene asociación con la conducta delictiva que es ejercida con violencia y control victimario ya que genera en el agresor satisfacción, por lo que el arrepentimiento y el remordimiento no están presentes. Además, esto es posible gracias al proceso de cosificación, es decir, la persona que hace daño quita a su víctima todo valor humano y moral, quedando solo un objeto.

CAPITULO 2.

DUREZA EMOCIONAL Y PERSONALIDAD

Gracias a las investigaciones longitudinales, se sabe que la psicopatía gesta desde la infancia y adolescencia, siendo los rasgos de dureza emocional un predictor importante de conducta delictiva en adultos (McMahon et al., 2010).

El *callous-unemotional* o callo emocional por su traducción, también se le acuñen conceptos como rasgos de insensibilidad emocional, rasgos de dureza emocional o RADE por sus siglas. Esta denominación se extiende de la psicopatía para identificar a adolescentes y niños que presentan conducta violenta antisocial, agresión proactiva e impulsiva. Se caracterizan por un patrón conductual que refleja despreocupación, falta de empatía y de afecto (Frick, 2016).

Es preciso indicar que la preocupación por el sector adolescente radica en su desarrollo, ya que atraviesan por un proceso de integración de la personalidad, donde adoptan las conductas, pensamientos y sentimientos que van más acorde con sus intereses. Para ello, el adolescente se identifica con múltiples roles, que corresponderán a quién y cómo es, cómo le gustaría ser y cómo no le gustaría ser en los diferentes contextos (Arnett, 2008).

2.1 Rasgos de Dureza Emocional

La psicopatología, define la dureza emocional como la incapacidad de experimentar emociones en un rango normal, por lo que los individuos con este rasgo aparentan frialdad y no tener emociones (Hare, 2003). La aparición de esos rasgos puede ser influenciadas por sistemas externos en los que el individuo se encuentra inmerso, pero también entran en juego los déficits neuropsicológicos, irregularidades autonómicas y rasgos temperamentales (Frick

& White, 2008).

Los RADE se caracterizan por la insensibilidad, despreocupación e inexpresividad emocional (Frick & Viding, 2009). Los adolescentes que poseen estos rasgos, en general carecen de culpa, sentimientos y emociones, demuestran poca o nula preocupación por los sentimientos de los demás, excepto en formas superficiales o en situaciones donde utilizan su conductas para obtener algo a través de la manipulación (Cima et al., 2014), no parecen incentivarse por los castigos y recompensas, e incluso no muestran miedo, sin embargo, podrían exhibir características asociadas a la angustia emocional causada por sus problemas de comportamiento (Frick et al., 2003).

De manera particular, con las tres características que se mencionan al inicio del párrafo anterior, se parte con la insensibilidad emocional, la cual Frick (2016) describe como la ausencia de remordimiento, de empatía y nula o poca capacidad de desarrollar afectos. Por tanto, un adolescente con altos niveles de insensibilidad, demostrará un carácter intrépido, agresivo y respuestas pobres de angustia y conciencia moral (Frick & Viding, 2009).

Por ello, para mejor entendimiento del concepto, se hace una división de áreas donde la insensibilidad se manifiesta: el área social, cognitiva y afectiva.

El área social es afectada cuando el adolescente se aleja progresivamente de la sociedad como consecuencia de sus conductas delictivas, lo que, a su vez, refuerza su perfil delictivo como una estrategia de sobrevivencia (Pérez-Luco et al., 2012).

En el área cognitiva, la insensibilidad emocional se observa en el liderazgo, ya que se les caracteriza por ejercer dominio sobre otros adolescentes, planificar sus actos o crímenes y manipular a sus pares (Thornton et al., 2015).

Dentro del área afectiva, en adolescentes con insensibilidad emocional, se caracteriza por un

pobre funcionamiento de la empatía afectiva, es decir, las reacciones afectivas ante la exposición de los sentimientos del otro son escasas o poco funcionales (Blair, 2013). Autores como Frick et al. (2014) también resaltan la ausencia de culpa e indiferencia ante el castigo. En general, lo que el adolescente demuestra es superficialidad ante las expresiones emocionales de los otros.

El segundo rasgo que Frick menciona es la despreocupación afectiva, que hace referencia a la poca importancia que el adolescente da a los sentimientos de los otros, a la escasa preocupación por herir a alguien más incluso por conseguir un objetivo o meta y la aparente personalidad fría y de indiferencia que es percibida por las personas que lo rodean (Kimonis et al. 2008).

El último rasgo o dimensión componente de la dureza emocional es la inexpresividad emocional. Kimonis et al. (2008) la mide con reactivos que detectan la capacidad del adolescente para manifestar abiertamente sus sentimientos y corroborar si los demás lo perciben o, por el contrario, si el joven opta por ocultar lo que siente.

Estas conductas comienzan a manifestarse durante la infancia y se les asocia con varios trastornos de la conducta (Fanti et al., 2013). De acuerdo con Frick et al., (2003) y Frick et al., (2005) los RADE se caracterizan por conductas violentas y delictivas que no solo permanecen en la adolescencia, sino también pueden ser precursoras de cuadros más severos en la edad adulta. Su temprana detección ayuda a identificar subgrupos de adolescentes con personalidades antisociales y explican las causas de patrones agresivos de conductas (García y Cruz, 2017).

En evaluaciones de seguimiento se encontró que los rasgos evaluados en niños de 7 a 12 años referidos a la clínica, predijeron medidas de psicopatía entre los 18 a 19 años, incluso después

de controlar problemas de conducta y otros factores de riesgo, entre ellos la crianza disfuncional, inteligencia y desventaja económica (Burke et al., 2007).

Por ello, han surgido dudas respecto a la estabilidad de dichos comportamientos durante el desarrollo. Actualmente, en la literatura existen una serie de estudios que muestran que estos rasgos son relativamente estables desde la infancia tardía hasta la adolescencia temprana, ya sea cuando se evalúan por autoinforme (Muñoz & Frick, 2007) o por informe de los padres (Frick et al., 2003). En otros estudios, reportan que en niños pueden disminuir con el tiempo, como consecuencia de prácticas positivas de crianza y niveles más altos de aceptación entre pares (Barry et al., 2008; Kochanska et al., 2013; Pardini et al., 2008). Por el contrario, la falta de calidez en la crianza de los hijos está altamente asociado con problemas de conducta en jóvenes con rasgos elevados de insensibilidad emocional (Pasalich et al. 2012).

Fanti (2013), también encontró en su muestra que, las puntuaciones más altas en rasgos de insensibilidad emocional, exhibían mayor comportamiento de agresión que aquellos que no presentan puntuaciones elevadas. La presencia de rasgos de dureza emocional parece apuntar a aquellos adolescentes con patrones de conductas graves.

En estudios realizados por Frick, descubrió que aquellos niños con altos niveles de dureza emocional y problemas conductuales, además de presentar conductas antisociales, son los que han mantenido mayor contacto con la policía (Zych et al., 2017). En suma, Frick y Dickens (2006) revisaron 22 estudios donde los RADE predijeron comportamientos antisociales graves y comportamientos agresivos.

Marsee y Frick (2007), propusieron que dichos rasgos podrían estar relacionados con el desarrollo de la agresión relacional en los adolescentes. En otro estudio con mayor actualidad realizado por Kokkinos et al., (2016), obtuvieron resultados similares, donde sugieren que quienes carecen de empatía y culpa tienen más probabilidades de externalizar conductas de

agresión, mientras que aquellos adolescentes con características como la extroversión y la sociabilidad, tienden a reportar más apoyo y validación en sus amistades y, por lo tanto, a promulgar tácticas menos agresivas en sus relaciones (Banny et al., 2011).

Pese a que en diversos estudios se ha llegado a resultados similares, los RADE han sido medidos con diferentes instrumentos. Entre ellos se ha utilizado la Escala para la Evaluación Psicopática o PCL-R del autor Hare (1991; Hare, 2010). Es utilizado para evaluar la psicopatía, logrando detectar determinados perfiles delictivos, predecir reincidencias, quebrantamientos de condena y conducta antisocial, esto en población penitenciaria y en la práctica clínica y forense. Aunque este es utilizado para la población adulta, también existe una adaptación para el sector juvenil (PCL-YV). Aunque ambas han sido de los instrumentos más utilizados, no es recomendable administrarla en muestras comunitarias, ya que su aplicación requiere una larga entrevista semiestructurada y una profunda revisión de archivos (Lilienfeld & Fowler 2006).

Otros estudios han optado por autoinformes, entre ellos el APSD (Dispositivo de Detección de Procesos Antisociales) cuya confiabilidad ha sido baja con muestras adolescentes (Pardini et al., 2003), CPS (Escala de Psicopatía Infantil), SRP-III (Autoinforme de Psicopatía III), sin embargo, no han sido validadas para una aplicación general, además de evaluar limitadamente los rasgos de dureza emocional.

Posteriormente, Frick en 2004 desarrolla el Inventory of Callous-Unemotional Traits (ICU), en EU, para abordar las limitaciones de los otros instrumentos. Este fue basado en una de las subescalas del APSD, concluyendo en un cuestionario de autoinforme de 24 ítems que contiene tres subescalas: insensibilidad, indiferencia y falta de emoción. Su aplicación corresponde a muestras de adolescentes en un rango de edad de 12 a 20 años. Actualmente, existen cuatro versiones de la escala, para obtener mayor información: informe de los

padres, el informe del profesor, informe de los padres (Versión preescolar), y el informe del maestro (versión preescolar).

2.1.1 Evidencia empírica

Como se mencionó anteriormente, la evidencia expone a los RADE como rasgos particularmente asociados con la violencia que es más premeditada y de naturaleza instrumental (Frick, Cornell, et al., 2003; Kruh et al., 2005; Pardini et al., 2003), y que conducen al adolescente a involucrarse en otras conductas de riesgo que, a su vez, generaran consecuencias tanto para él como para terceros. Un ejemplo es el bullying o acoso escolar, que se manifiesta con agresiones físicas (pellizcos, golpes, empujones), agresiones verbales (burlas, insultos, amenazas, sobrenombres), agresión emocional (chantaje, extorción, provocan temor e inseguridad), agresión social (aislar a la víctima del grupo, persistencia de rumores), agresión cibernética (intimidar y ridiculizar por las redes sociales) y desde luego agresión psicológica, que afecta el desarrollo emocional de los niños (Chalen, 2016).

De acuerdo con este mismo autor, los jóvenes que lo practican, poseen características similares con los RADE, la ausencia de empatía (que los incentiva a ejercer violencia contra sus compañeros entre ellas están), la incapacidad de sentir el sufrimiento ajeno, por lo general son egocéntricos, en su ambiente familiar la comunicación es deficiente y son impulsivos. A esta última manifestación, Delgadillo y Francisco (2013) le agregan la intención de ejercer dominio sobre los demás y hacer cumplir sus deseos.

Otra de las características de los agresores son la baja comprensión de los sentimientos y de las emociones de sus víctimas, como resultado de una pobre regulación a la respuesta de estímulos ambiguos (Vitaro et al., 2002; Gini, et al., 2011), perciben mayores ganancias y pocos inconvenientes, lo que genera mayor agresividad (Gómez et al., 2005). De acuerdo con

Frick et al (2003), debe prestarse especial atención a todas estas conductas que denotan dureza emocional, ya que puede desarrollarse personalidad psicopática (Romero et al., 2011).

Además del bullying, los adolescentes con rasgos de dureza emocional también pueden maltratar animales, y de no ser atendidas las manifestaciones violentas y crueles durante la adolescencia, posteriormente podrían no solo limitarse a los animales, sino predisponer al adolescente a la violencia social, a desarrollar Trastorno Disocial o Trastorno Antisocial de la Personalidad (De Santiago, 2013).

También, se ha encontrado que aquellos que ejercen violencia sobre animales, poseen rasgos como la falta de empatía y de remordimiento (Ascione, 2001). En otros estudios, se encontró que aquellas personas culpadas de delitos violentos, tienen antecedentes de maltrato animal, especialmente aquellos que puntuaron con altos niveles de psicopatía y rasgos antisociales de la personalidad (De Santiago, 2013), que abarcan agresividad física, romper las reglas, mentir, robar, vandalismo, incendio premeditado, huir de casa y comportamientos de oposición (Piotrowska et al., 2015).

Como puede observarse, identificar manifestaciones de dureza emocional, podría prevenir que un joven ejerza conductas agresivas contra sus compañeros, animales y personas de su contexto social, llevándolo a padecer trastornos de la personalidad o incluso a privarle de su libertad, pues como señalan Halty et al. (2011), al no lograr internalizar las normas y leyes, se vuelve una problemática social.

Como pudo percatarse, los estudios anteriormente citados fueron hechos en otros países, en México, son escasas y relativamente recientes las investigaciones sobre el tema, entre las contribuciones se encuentra las de Galván (2011) con adolescentes en conflicto con la ley, o Rivera (2016) con población escolar, donde reportaron que más de la mitad de los jóvenes de sus muestras, presentaron conductas externalizadas y rasgos de dureza emocional.

2.2 Personalidad

La palabra *personalidad* se deriva de *persōna* que hace referencia a “lo que está delante de la cara” o “la máscara de los actores”, sin embargo, es hasta el siglo VI cuando el teólogo Boecio fusiona los términos de persona y esencia para dar origen a la palabra personalidad (Allport, 1970). Aunque en la antigüedad no se contaba con el término, si era percibida. Esto se registra desde un siglo antes de Cristo, donde los griegos utilizaban máscaras para personificar diferentes papeles en un drama. El propósito de la máscara era representar estilos de vida ajenos al actor, es decir, asumir diferentes personalidades dentro de una misma persona (Montaño et al., 2009).

Desde entonces, varios de los filósofos comenzaron con sus aportaciones teóricas. Casi al principio de línea histórica, se encuentra Empédocles, quien postuló su teoría de las cuatro raíces, que posteriormente renombra Aristóteles como aire, fuego, tierra y agua, lo que representaría las diferencias individuales entre personas que comparten cultura y educación. De acuerdo con esta teoría, el equilibrio de los cuatro elementos se asociaba con salud, pero en caso de que uno dominara sobre el resto, provocaría una patología (Sánchez y Ledesma, 2007). En esa época, las teorías eran principalmente basadas en cualidades superficiales.

Por otra parte, con un concepto más elaborado, Cicerón ofrece una definición de la personalidad enfocándose desde cuatro diferentes significados: a) la forma en cómo un individuo aparece frente a las demás personas; b) el papel que una persona desempeña en la vida; c) un conjunto de cualidades que comprenden al individuo; y d) como sinónimo de prestigio y dignidad, mediante el cual se asignaba el término persona de acuerdo con el nivel social al que se perteneciera (Montaño, et al. 2009).

Cloninger (2002) define a la personalidad como las causas internas que subyacen al comportamiento individual y a la experiencia de la persona. Así mismo, se puede encontrar en la literatura con varias definiciones que comparten elementos, sin embargo, uno de los grandes retos para los psicólogos de la personalidad, ha sido explicar las diferencias individuales, de ahí surgen dos enfoques: de tipo y de rasgo.

Los enfoques de tipo proponen que la personalidad tiene un número limitado de categorías distintas de carácter cualitativo, es decir, un pequeño número de tipos es suficiente para describir a toda la gente. Un ejemplo de ello sería una categoría diagnóstica, como esquizofrenia o trastorno de pánico.

El segundo enfoque, define a los rasgos de la personalidad como una característica que distingue a una persona de otra y que ocasiona que una persona se comporte de manera consecuente. Por ello, el enfoque de rasgos se basa en mediciones cuantitativas, las cuales sirven para poner una calificación que puede variar desde muy baja hasta muy alta. Se puede decir que un individuo tiene algún grado de rasgo, desde poco hasta mucho. En contraste con los tipos, los rasgos cubren un horizonte más estrecho del comportamiento, abordando con mayor precisión la descripción de la personalidad. Debido a esto, varios son los psicólogos que optan por utilizar rasgos.

Sin embargo, para Allport (1974) los rasgos que más interesan a la psicología de la personalidad deberían analizarse individualmente, es decir con un enfoque ideográfico, de ahí que el autor desarrollara la psicología de la individualidad, rechazando con ello las leyes generales de la conducta y el estudio de grandes grupos (enfoque nomotético).

Actualmente, la personalidad sigue siendo objeto de numerosas investigaciones, por lo que su concepción puede ser muy variada, sin embargo, existen modelos en su mayoría basados en los rasgos, que han prevalecido y en ocasiones siguen en constante actualización. Entre los

más conocidos dentro de la psicología, está el Modelo de los tres factores de Eysenck que se retoman de la tradición temperamental griega. Los factores corresponden a Neuroticismo (Ansioso, deprimido, culpabilidad, baja autoestima, tenso, tímido, malhumorado, emocional), Extraversión (Sociable, vital, activo, asertivo, despreocupado, buscador de sensaciones, dominante, entusiasta y osado) y Psicoticismo (agresivo, frío, egocéntrico, impersonal, impulsivo, antisocial, no empático, creativo, mentalidad dura) (Sánchez & Ledesma, 2007).

Otro de los modelos que se esbozan por dar entendimiento a tan complejo fenómeno es el modelo evolutivo de la personalidad de Millon, quien define la personalidad como un patrón complejo de características psicológicas profundamente arraigadas, que al ser en su mayoría inconscientes, son difíciles de cambiar y que se expresan de manera automática en varias áreas del funcionamiento del individuo. Esos rasgos intrínsecos, son el resultado del aprendizaje y aspectos biológicos del sujeto, los cuales explican el modo de percibir, pensar, sentir, afrontar y la conducta (Millon & Davis, 1998).

El modelo, también explica las características del funcionamiento del adolescente a partir de dos dimensiones: la primera de origen biológico, donde el aprendizaje tiene papel importante para obtener reforzamiento instrumental y afrontamiento, para ello propone dos modos, activo y pasivo. El primero es un estado de alerta donde puede intervenir y modificar los acontecimientos, mientras que en el segundo se opta por una actitud de apatía permitiendo que los sucesos se desarrollen fuera de su control. La segunda dimensión define cinco categorías para caracterizar el tipo de vínculo establecido: desvinculación, dependencia, independencia, ambivalencia y discordancia (Millon & Davis, 1998).

En otra línea, McCrae y Costa (1990) estudian la personalidad con cuestionarios contruidos por frases y no por adjetivos, partiendo del 16PF (“16 factores de personalidad”) del modelo de Cattell, dando así a luz el modelo de los Cinco Grandes. Este, considera que sus cinco

dimensiones de la personalidad tienen la capacidad de abarcar gran parte de los rasgos existentes, además de ser un punto medio entre los 16PF y los antiguos factores de Eysenck.

De acuerdo con Sánchez y Ledesma (2007) el modelo de los Cinco Grandes comprende los siguientes factores: Extraversión (cordialidad, asertividad, actividad, búsqueda de emociones, emociones positivas), Amabilidad (confianza, franqueza, altruismo, actitud conciliadora, modestia y sensibilidad social), Responsabilidad (competencia, orden, sentido de deber, necesidad de logro, autodisciplina y reflexión), Neuroticismo (ansiedad, hostilidad, depresión, timidez, impulsividad y vulnerabilidad) y Apertura a la experiencia (Fantasía, estética, sentimientos, acciones, ideas y valores).

Por otro lado, se encuentra la Teoría de la Red de Sistemas, que intenta unificar los elementos de la personalidad. Esta teoría identifica dos grupos de sistemas psicobiológicos: horizontales y verticales. Los horizontales representan el soporte biológico de las Cinco Grandes. Tres son temperamentales: el sistema inhibitorio, el sistema de acción rápida y el sistema activador, que dan soporte a las dimensiones de Ansiedad, Hostilidad y Extraversión, los cuales se relacionan con los instintos básicos. El cuarto es el Sistema Autorregulador, es decir el Autocontrol. El quinto es el Sistema Cognitivo Integrador (Font, 2002). El mismo autor describe que los sistemas verticales, constituyen campos en los que se sitúan las manifestaciones de las Big Five, con la finalidad de garantizar el funcionamiento eficaz de los primeros.

Así como estas, existen más teorías y modelos que aportan al entendimiento de la personalidad desde su enfoque, por tanto, hay un abanico de diferentes posibilidades para ser medida. Entre ellos el Inventario Multifásico de la Personalidad de Minnesota (MMPI), en México fue adaptado en 1998 por Lucio, Ampudia y Durán. También, existe una versión para adolescentes, que de acuerdo con estudios de Czar (2001) en una muestra de delincuentes

juveniles, las escalas del MMPI-A discriminaron entre las patologías.

Otro instrumento es el Inventario Clínico para Adolescentes de Millon (MACI), el cual hace una combinación de las dimensiones I y II (explicadas anteriormente) generando una matriz de diez patrones básicos de personalidad, que incluyen estrategias normales de funcionamiento personal y trastornos leves o severos de la personalidad (Millon, 1993).

En otra rama, hay quien prefiere evaluar la personalidad con pruebas menos objetivas. Las pruebas proyectivas, tienen como característica central que la persona atribuye significado a unos estímulos ambiguos, atribuciones que en parte se determinan por las características propias de la persona, como son su estilo cognitivo, motivos, emociones y estados internos.

Una de las pruebas más conocidas es la de Herman Rorschach, que cuenta con una serie de láminas con manchas, que permite recoger las interpretaciones personales de cada sujeto. Las respuestas se clasifican en cuatro categorías: localización, determinantes, contenidos y frecuencia. Esta prueba, es un ejemplo de una evaluación desde un enfoque idiográfico (Rodríguez, 2007).

Un ejemplo más es el test del dibujo de la figura humana de Karen Machover, el cual, trabaja con la hipótesis de la imagen del cuerpo, esto es, cuando al individuo se le da la instrucción de dibujar a una persona, hará un dibujo de sí mismo. Su interpretación se basa en los aspectos estructurales y formales del dibujo, como el tamaño del dibujo, la línea, la posición respecto a la hoja, los detalles del cuerpo, la vestimenta, los accesorios, las transparencias, posición de la figura, proporciones del cuerpo, presencia de borraduras y sombreado, entre otros elementos (Swensen, 2018).

2.2 Personalidad: evidencia empírica

Como y se ha señalado, la personalidad tiene la cualidad de ser ambivalente. Primero, se resaltarán como puede jugar a favor de la salud del adolescente en contacto con otras variables que podrían evitar los comportamientos de riesgo. De acuerdo con Headey (2010) y otras investigaciones en años anteriores, las características de personalidad pueden tener una alta influencia sobre el afrontamiento, el nivel de bienestar, y la prevención de la enfermedad.

Referente al afrontamiento, algunos autores como Connor-Smith y Compas (2004) lo consideran como un proceso de la personalidad. Independiente a cómo es considerada, en varios estudios ha resultado también ser ambivalente, por lo que suele hacerse una distinción entre afrontamiento funcional o no funcional, dependiendo del impacto que tiene sobre los adolescentes.

Seiffge-Krenke (2000) nombra al afrontamiento funcional o comprometido cuando es de aproximación al estresor y lo asocia con bienestar emocional y mental, mientras que el afrontamiento disfuncional o no comprometido es cuando se evita al estresor, provocando secuelas en la salud mental. Resultados similares encontraron Connor-Smith y Flashbart, (2007) en un meta-análisis, donde el afrontamiento funcional se relacionaba positivamente con rasgos de la personalidad como la conciencia, la extraversión y la apertura a la experiencia, mientras que los rasgos como el neuroticismo se asociaron con afrontamiento disfuncional.

Otros de los rasgos de la personalidad que han sido asociados con afrontamiento funcional son la orientación al logro, el esfuerzo, la alegría y el altruismo, por el contrario, los rasgos asociados a estrategias de afrontamiento disfuncional son la ansiedad, la depresión y la hostilidad (Cassaretto, 2010).

Además del afrontamiento funcional, se ha encontrado en la literatura que los tipos de personalidad que se inclinan por las conductas prosociales, reciben un gran impacto positivo en su vida y en sus conductas. Un ejemplo de ello es un estudio realizado por Mestre (2014), con una muestra de 1604 estudiantes adolescentes, donde se demostró que aquellos que presentaron altos puntajes en conducta prosocial tienen alto apoyo, mejor control y bajos niveles de negligencia de ambos padres, además de puntuaciones altas de empatía, baja inestabilidad emocional, alto apego con sus pares y alto rendimiento académico.

A propósito, uno de los elementos claves para la conducta prosocial es la empatía, la cual debería considerarse como un factor de la personalidad relevante y útil para explicar el desarrollo socio-moral y de las interacciones sociales (Garaigordobil, 2017). Como señalaron los estudios realizados por Garaigordobil (2008), la empatía potenció la conducta prosocial y altruista, en la misma línea, los programas enfocados en el aumento de la empatía y el control de la ira, lograron disminuir las conductas agresivas y aumentar las conductas prosociales.

Del mismo modo, el bienestar psicológico (BP) y el bienestar subjetivo (BS) han sido fuertemente asociados con la personalidad, siendo esta uno de los mejores predictores del bienestar (Joshani & Afshari, 2009). DeNeve y Cooper (1998) encontraron que cuando los rasgos de personalidad son agrupados en el modelo del Big Five, la estabilidad emocional - polo opuesto del neuroticismo- es el predictor más potente de BS, tanto de balance afectivo como satisfacción con la vida.

Schimmack et al., (2002) explican la relación entre la cultura, la personalidad y el BS en el modelo mediador modulador integrado, bajo la hipótesis de que los rasgos de personalidad extraversión y neuroticismo se relacionan más fuertemente con el componente afectivo del BS que con su componente cognitivo.

En otro estudio, Schmutte y Ryff (1997) observaron que todas las dimensiones de BP se encontraban asociadas de manera positiva con extraversión y negativa con neuroticismo. De acuerdo con Salami (2011), la amabilidad y la responsabilidad favorecen el bienestar psicológico, dado que los jóvenes y la población en general que presentan estos rasgos, reportan experiencias más positivas y a resultar exitosas interpersonalmente. En suma, las personas amables tienden a ser más flexibles en los vínculos, por lo que encuentran mayor satisfacción en las relaciones con los demás, involucrando un mayor compromiso y profundidad.

En Colombia, Meléndez et al., (2019) señalaron que los rasgos de personalidad predecían y explicaban mejor el BP, y observaron que el neuroticismo estaba asociado de forma negativa con todas las dimensiones del BP excepto con el propósito en la vida, mientras que la extraversión fue un alto indicador de presencia del BP, y al igual que responsabilidad, mostraba asociaciones positivas con todas las dimensiones.

De manera similar, el estudio de Butkovic et al., (2012) mostraron que la responsabilidad junto con el neuroticismo y la extraversión, son rasgos de personalidad que pueden discriminar entre personas con alto y bajo bienestar.

En contraparte, como en un inicio se aclaró, la personalidad también tiene la capacidad de exponer la salud los adolescentes. Un ejemplo son los comportamientos antisociales, donde la personalidad tiene el potencial activador o de desistimiento.

En criminología, se cuenta con evidencia sobre tres líneas de investigación que conecta rasgos de personalidad y comportamiento antisocial. La primera es la de predisposición, donde Morizot (2015) señala que los rasgos de personalidad tienen un efecto en el inicio del comportamiento delictivo, la segunda línea es la de plasticidad, que enfoca a la personalidad

como un factor de activación y de agravamiento del comportamiento antisocial (De Bolle et al., 2012), y la tercera es de remisión (Le Blanc & Loeber, 1998) que enfatiza el efecto de la personalidad en procesos de desistimiento del comportamiento delictivo.

Por su parte, Caprara et al., (1993) en sus investigaciones sobre los Big Five, encuentran que los sujetos con comportamientos antisociales presentan altas puntuaciones en el polo negativo de afabilidad, tesón y estabilidad emocional y altas puntuaciones positivas en extraversión.

Cabe resaltar que la personalidad antisocial se caracteriza por baja ansiedad, desconfianza hacia los demás y vulneración de los derechos de los otros, aunque se mantiene en el límite de lo socialmente permitido (Millon et al., 2003), lo cual marca una notoria línea diferencial con otros rasgos de personalidad y conductas relacionadas con los RADE.

2.3 Rasgos de Dureza Emocional y Personalidad

Como pudo observarse, es muy importante considerar a la personalidad si se pretende estudiar a los adolescentes con rasgos de insensibilidad emocional, ya que ofrece un acercamiento al entendimiento del cómo, por qué y para qué de las diferentes formas de comportamiento de cada individuo, como consecuencia de la relación de factores ambientales, biológicos y sociales (Montaño, et al. 2009), ya que, como señalan Frick y White (2008), estos factores pueden evocar rasgos en la personalidad durante el desarrollo adolescente.

Dichos rasgos, al ser combinados con otros factores, pueden moldear la personalidad del adolescente de modo que le ayude a adaptarse o que lo perjudique. Es decir, la personalidad puede ser un factor de riesgo o de protección y tiene la posibilidad de modificarse (Carver & Connor-Smith, 2011), pero mientras no sea modificada para ofrecer salud y desarrollo positivo al adolescente, puede generar alteraciones de la personalidad como la conducta

antisocial, inestabilidad emocional, el estrés social y otros conflictos conductuales desencadenantes de comportamientos violentos.

En consecuencia, a lo largo de los años se ha debatido si los individuos que presentan rasgos de dureza emocional o cometen actos criminales, tienen determinados rasgos de personalidad que los influyen a comportarse así y hasta donde es participe el ambiente (Bautista & Quiroga, 2005). En la actualidad, se destaca la dificultad de establecer predicciones de conducta delictiva basadas en rasgos individuales de personalidad (Ortíz-Tallo et al., 2006).

Pese a la dificultad, se cuenta con investigaciones que se han esbozado en esclarecer el tema. Un ejemplo es la línea de Eysenck y Gudjonsson (1989) quienes elaboraron un modelo de la personalidad del delincuente con claros fundamentos biológicos. Los rasgos de la personalidad del delincuente serían elevada extraversión (personas activas e impulsivas), alto neuroticismo (excitabilidad autónoma) y psicoticismo alto.

También se han asociado los problemas emocionales y de comportamiento con rasgos como la búsqueda de sensaciones (Palacios et al., 2010), la impulsividad y el comportamiento de oposición (Vinet et al., 2009).

Otra de las aportaciones más recientes, son los resultados de un estudio realizado por Wenger y Andrés-Pueyo (2016) con evidencia sobre la importancia de las variables de personalidad en la gravedad del enganche delictivo y la persistencia en comportamiento antisocial de los adolescentes. En el grupo estudiado las variables de personalidad diferencian cinco agrupaciones en delincuencia persistente adolescente: Antisocial Estabilizado “AE”, Explosivo Autodestructivo “EA”, Pasivo Desesperanzado “PD”, Transgresor Vinculado “TV”, y Normal Desviado “ND”. Respecto a las tres primeras, las características de

personalidad jugarían un rol protagónico en la interpretación de las experiencias, interviniendo en la persistencia y agravamiento del comportamiento delictivo.

Con esta y más evidencia empírica que abunda en la literatura, se puede señalar la probabilidad de que sea la mayor o menor presencia de tales rasgos de personalidad en el delincuente, lo que haga que una persona llegue a implicarse en conductas delictivas y violentas, modelando el patrón de personalidad esta actuación (Sánchez-Teruel y Robles-Bello, 2013). En otras palabras, los adolescentes con RADE no poseen un perfil de la personalidad específico y único, ya que las características que ellos poseen, pueden encontrarse en otros jóvenes, sin embargo, lo que determinará será el grado o la cantidad que posea de cada rasgo, lo que marque una diferencia.

Si bien no existe un perfil de personalidad unificado, si se encuentran consistencias en la estructura de la dureza emocional aún con diferencia de lenguaje, tipos de muestra, género y edad (Ciucci et al., 2014). De acuerdo con Rojas (2018), la dureza emocional coincide con rasgos de la personalidad como la búsqueda de emociones fuertes, poca sensibilidad o indiferencia ante el castigo, intrepidez y pobres emociones prosociales, estas últimas, relacionadas con el desarrollo a más temprana edad y mayor severidad.

CAPITULO 3.

METODOLOGÍA

3.1 Justificación y planteamiento del problema

La adolescencia se caracteriza por la búsqueda de identidad, donde los jóvenes experimentarán conductas, entre ellas el desacato de normas sociales, conductas de riesgo de tipo sexuales o de consumo de sustancias, sin embargo, hacia la adultez tienden a estabilizarse, aunque no en todos los casos, pues en algunos adolescentes, esos indicios no solo se atribuirán al desarrollo, sino que podrían ser signos tempranos de rasgos de psicopatía (Seagrave y Grisso, 2002) en especial si existen elevadas puntuaciones en los rasgos de dureza emocional, que se asocian con conductas delictivas, agresivas y graves (Fanti, 2013).

A este tipo de conductas, se les debe prestar especial atención, ya que en México suelen ser normalizadas. El Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública del gobierno de México (2020) reportó solo en los primeros 5 meses del 2020 a nivel nacional, 746,346 presuntos delitos, concentrando 81,991 en la CDMX.

De acuerdo con cifras del INEGI (2020) en 2019 y primer mes de 2020, se reportaron 17,198 homicidios, de los cuales 15,391 son de hombres y 1,774 de mujeres. Entre las causas de muertes más sobresalientes se reportan 12,021 casos de agresión con disparo de armas de fuego y 1,818 por agresión con objeto punzo cortante. Sin duda, la violencia y agresividad quedan expuestas.

Sin embargo, no sólo los homicidios tienen altas incidencias en México, también se reconocen otros delitos que incluyen violencia, entre ellos, se reportaron en el año 2018 10,775 casos de robo a transporte público, 6,542 de extorsión, 3,645 robo de vehículo, entre

otros delitos (INEGI, 2019a).

De estos actos criminales, no solo los adultos son responsables. Durante los meses de abril de 2018 a marzo de 2019, servidores públicos de la Comisión Nacional, examinaron el trato y condiciones de detención de los adolescentes en 45 centros de tratamiento interno en todo el país. El total de adolescentes que encontraron internados fueron 1,445, de los cuales el 86% son hombres y el 14% mujeres. De ese total, el 70% cumplían una medida de tratamiento y el 30% estaban sujetos a procedimiento. Además, el 94% de los internados cometieron delitos del fuero común, como lo señala la ley, y el 6% por delitos del fuero federal (CNDH, 2019a).

Las cifras aumentan con el paso de los años, lo que es alarmante por la alta concentración de población adolescente que hay en el país y la poca investigación existente en México, lo que impide la formulación de programas preventivos y de intervención, con las características específicas del adolescente mexicano.

En otras poblaciones, se ha utilizado la evaluación de la personalidad como predictor temprano de psicopatía al resaltar algunos rasgos que estén asociados con conductas hostiles o delictivas, sin embargo, es necesario hacer las adaptaciones contextuales necesarias, para lograr aportar información de nuestros jóvenes y así enfocar tratamientos que contrarresten los efectos de la violencia normalizada.

3.2 Pregunta de investigación

¿Existe relación entre la dureza emocional y rasgos de personalidad en adolescentes hombres y mujeres, en un rango de edad entre 13 a 18 años, que viven en la zona metropolitana de la Ciudad de México?

3.3 Objetivo

Analizar relación entre la dureza emocional y rasgos de personalidad en adolescentes

hombres y mujeres, en un rango de edad entre 13 a 18 años que viven en la zona metropolitana de la Ciudad de México.

Objetivos específicos

Describir los rasgos de dureza emocional y los rasgos de personalidad en adolescentes que viven en la zona metropolitana de la Ciudad de México.

Comparar los rasgos de dureza emocional y los rasgos de personalidad entre hombres y mujeres adolescentes que viven en la zona metropolitana de la Ciudad de México.

Determinar si existen interrelaciones entre los rasgos de dureza emocional y los rasgos de personalidad en adolescentes que viven en la zona metropolitana de la Ciudad de México.

3.4 Diseño de estudio

Se trata de una investigación transversal de campo *expost facto* con un diseño correlacional (Sampieri et al., 2014).

3.5 Hipótesis

H_i: Existe una relación entre la dureza emocional y rasgos de personalidad en adolescentes que viven en la zona metropolitana de la Ciudad de México.

H_o: No existe una relación entre la dureza emocional y rasgos de personalidad en adolescentes que viven en la zona metropolitana de la Ciudad de México.

H_i: Existe una relación estadísticamente significativa entre la dureza emocional y los rasgos de personalidad en adolescentes que viven en la zona metropolitana de la Ciudad de México.

H_o: No existe una relación estadísticamente significativa entre la dureza emocional y los rasgos de personalidad en adolescentes que viven en la zona metropolitana de la Ciudad de

México

Hi: Existe una relación estadísticamente significativa entre la dureza emocional y los rasgos de personalidad en función del sexo y rangos de edad.

Ho: No existe una relación estadísticamente significativa entre la dureza emocional y los rasgos de personalidad en función del sexo y rangos de edad.

3.6 Variables

Definiciones conceptuales:

Rasgos de Dureza Emocional: Manifestaciones interpersonales, afectivas y conductuales como son la dificultad para expresar o identificar emociones, la manipulación y mentira para obtener beneficios personales, la falta de empatía y consideración a las necesidades de otros o la falta de remordimientos, nulo reconocimiento de la violación a los derechos de otros o conciencia de la necesidad de reparación del daño, su forma más grave puede presentarse como crímenes violentos (Frick et al., 2005).

Personalidad: Patrones de pensamientos, emociones y comportamientos que muestran consistencia entre situaciones y estabilidad a lo largo del tiempo, y que pueden afectar al individuo y su interacción con otras personas y consigo mismo (Barbaranelli et al., 2003).

Definiciones operacionales

Rasgos de Dureza Emocional: Puntuaciones obtenidas en el Inventario de Rasgos de Insensibilidad Emocional, versión adaptada por Galván (2011) del Inventory of Callous-Unemotional Traits de Kimonis et al. (2008) y validado en población escolar por Rodríguez et al., (2017).

Personalidad: Puntuaciones obtenidas en el Big Five Questionnaire For Children de Barbaranelli et al., (2003), con la versión traducida al español por Carrasco et al., (2005).

3.7 Participantes

Participaron 652 adolescentes, 47.7 % hombres y 52.3 % mujeres, entre un rango de edad de los 13 a 18 años ($M= 14.82$; $D.E.= 1.505$) de nivel secundaria y preparatoria, ubicadas en la zona metropolitana de la Ciudad de México.

3.8 Instrumentos

Cédula Sociodemográfica del Adolescente y su Familia (Barcelata, 2016): Esta ficha está compuesta por 16 reactivos de opción múltiple, que recaban información acerca de las condiciones socioeconómicas de los participantes, además de explorar aspectos familiares como su composición, ingresos, ocupación de los padres, entre otros.

Rasgos de Dureza Emocional: El Inventory of Callous-Unemotional Traits o Inventario de Rasgos de Insensibilidad Emocional por su traducción, es un instrumento conformado por 24 reactivos, con una escala tipo Likert de 4 opciones de respuesta (0=Totalmente falso, 1=Parcialmente cierto, 2=Bastante cierto, 3=Definitivamente cierto), con un α global de Cronbach=.760. Su contenido se divide en tres dimensiones o factores:

1. Insensibilidad ($\alpha=.669$): Es la carencia de empatía, culpa y remordimiento.
2. Despreocupación ($\alpha=.69$): Se refiere a las conductas relacionadas con la ausencia de cuidado por el propio desempeño y por los sentimientos de los otros.
3. Inexpresividad ($\alpha=.591$): Se refiere a la ausencia de expresión de los

sentimientos

Personalidad: El Big Five Questionnaire For Children o El Cuestionario de los Cinco Grandes factores de la personalidad, tiene una extensión de 65 reactivos que se responden con una escala tipo Likert de cinco puntos (5=Casi siempre; 4=Muchas veces; 3=Algunas veces; 2=Pocas veces y 1=Casi nunca). Los cinco factores que lo integran son:

1. Extraversión-introversión o energía: Esta dimensión se relaciona principalmente con la cantidad preferida de estimulación social. Las características de una persona extravertida son sociabilidad expresividad, vivacidad, son físicamente activos y enérgicos. En contraparte, los jóvenes introvertidos son tranquilos, inhibidos y letárgicos.
2. Amistad-hostilidad o amabilidad/cordialidad: Esta dimensión del comportamiento es interpersonal y representa la característica de la calidad de la interacción a través de un continuo de la compasión al antagonismo. Esta dimensión incluye la confianza, altruismo, rectitud, el cumplimiento de normas, la modestia y la tenacidad mental.
3. Conciencia: Esta dimensión tiene tanto aspectos proactivos como inhibitorios. El lado proactivo de la conciencia se ve más claramente en la necesidad de logro y compromiso con el trabajo, mientras que el lado inhibitorio se ve en escrupulosidad moral y cautela. Las facetas propuestas de esta dimensión son la competencia, el orden, cumplimiento, logro, autodisciplina y la deliberación.
4. Neuroticismo-estabilidad emocional: El neuroticismo se refiere generalmente

a la falta de ajuste psicológico positivo y estabilidad emocional, es un rasgo que abarca la tendencia a experimentar el mundo como angustioso o amenazante, por lo cual los niños y adultos con alto nivel de neuroticismo están ansiosos, vulnerables al estrés, propensos a la culpa, carentes de confianza, cambiantes, enojados, fácilmente frustrados e inseguros en las relaciones, mientras que aquellos individuos con bajos nivel en este rasgo son emocionalmente estables y adaptables.

5. **Inteligencia o apertura a la experiencia:** Los individuos con este rasgo tienen amplios, profundos contenidos cognitivos y experiencias de vida auténticas, así como complejas. Su apertura a las situaciones emocionales de los demás en general les permite ser individuos optimistas y capacitarlos para el empleo de estrategias de regulación emocional adecuada.

3.9 Escenario

La aplicación de instrumentos se realizó en las aulas de las instituciones públicas correspondientes al nivel secundaria y bachillerato ubicadas en la zona metropolitana de la Ciudad de México, que accedieron a colaborar en la investigación.

3.10 Procedimiento

Se acudió con las autoridades correspondientes pertenecientes a cada institución pública de nivel secundaria y bachillerato para solicitar acceso y facilitar espacios para realizar la aplicación de instrumentos de manera voluntaria y confidencial. Las escuelas se encuentran en la zona metropolitana de la Ciudad de México.

Previo a la aplicación, se le entregó de forma oral y escrita un asentimiento informado a los participantes, asegurando la confidencialidad de los datos proporcionados y la participación

voluntaria, posteriormente se les hizo entrega de los instrumentos. Para su supervisión y correcta aplicación, se realizó en presencia de 2 aplicadores y un supervisor perteneciente al proyecto PAPIIT IN308420. La aplicación tuvo una duración promedio de 1:30 horas.

Para su calificación, los datos fueron sometidos a análisis estadísticos descriptivos y de comparación de medias con una prueba t de Student para grupos independientes, además de un análisis de correlaciones bivariados para observar si existe relación entre las variables de dureza emocional y personalidad. El paquete estadístico utilizado corresponde al SPSS v. 21.

CAPITULO 4.

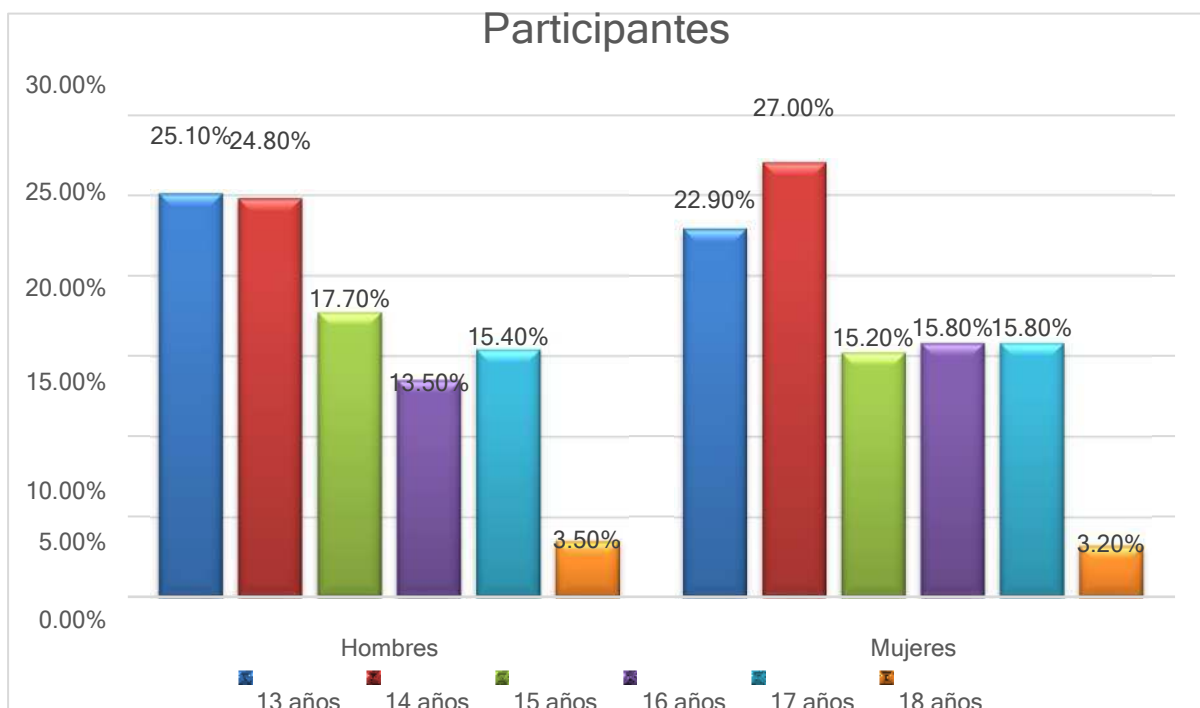
RESULTADOS

4.1 Descripción de los participantes

En la Figura 1 se presenta la distribución de datos total conforme al sexo y edad de los participantes. Referente al sexo, se observa que la población presenta una distribución balanceada, siendo 341 hombres (47.7%) y 311 mujeres (52.3%), es decir, 652 adolescentes. Respecto a la edad, en esta muestra se encontró mayor número de jóvenes de 14 años ($M=14.82$; $D.E. = 1.50$).

Figura 1

Distribución de participantes por sexo y edad



Debido al rango de edad de los participantes, el 56.9% de la muestra total cursa la secundaria,

mientras que el 43.09 % cursa el equivalente al bachillerato. En la tabla 1 se observa la cantidad de hombres y mujeres en ambos niveles educativos.

Tabla 1

Distribución de la muestra por escolaridad y sexo

Escolaridad	Sexo		Total N= 652
	H	M	
Secundaria	176	195	371
Bachillerato	135	146	281
Total	311	341	652

Además, se recolectaron datos correspondientes a características sociodemográficas. En la figura 2 se muestra que la mayoría de los adolescentes viven con ambos padres y hermanos, en segunda posición se observan familias monoparentales y el tercer lugar lo conforman familias extendidas.

Figura 2

Estructura familiar de los participantes

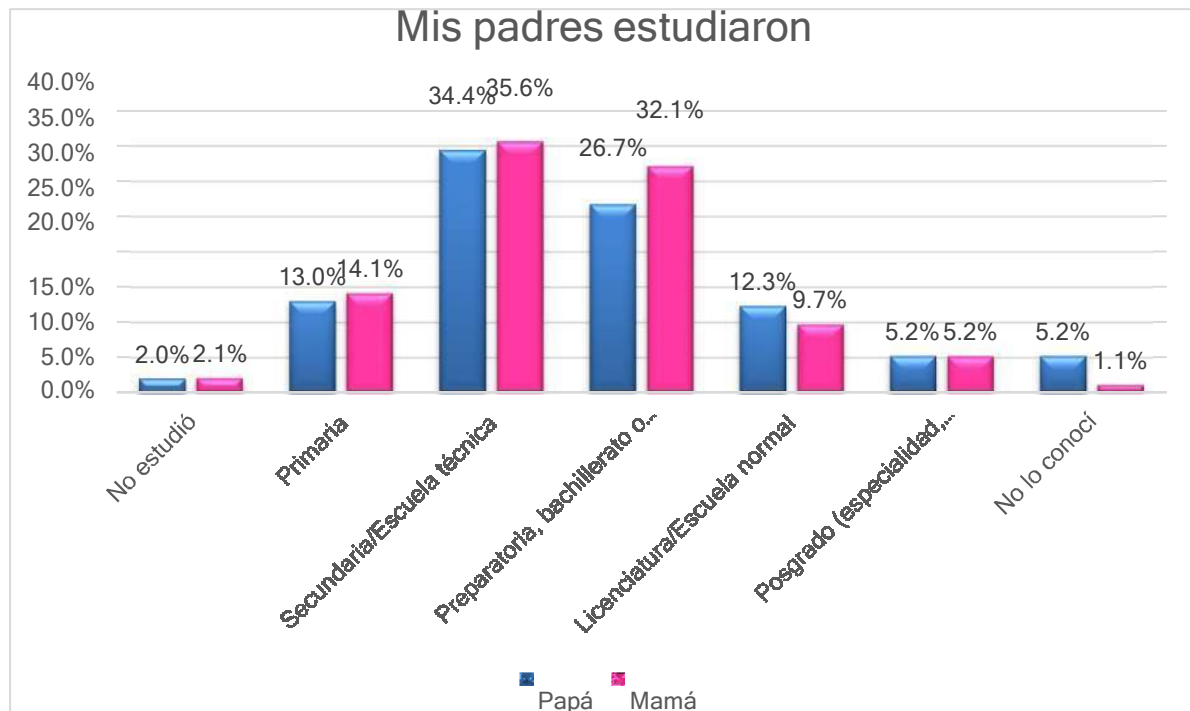


Como se presenta en la figura 3, también se indagó la escolaridad de los padres. Para ambos

casos, el último nivel de estudios reportado con mayor frecuencia fueron la secundaria y la preparatoria, mientras que una mínima parte de ellos no estudiaron o los adolescentes no los conocieron.

Figura 3

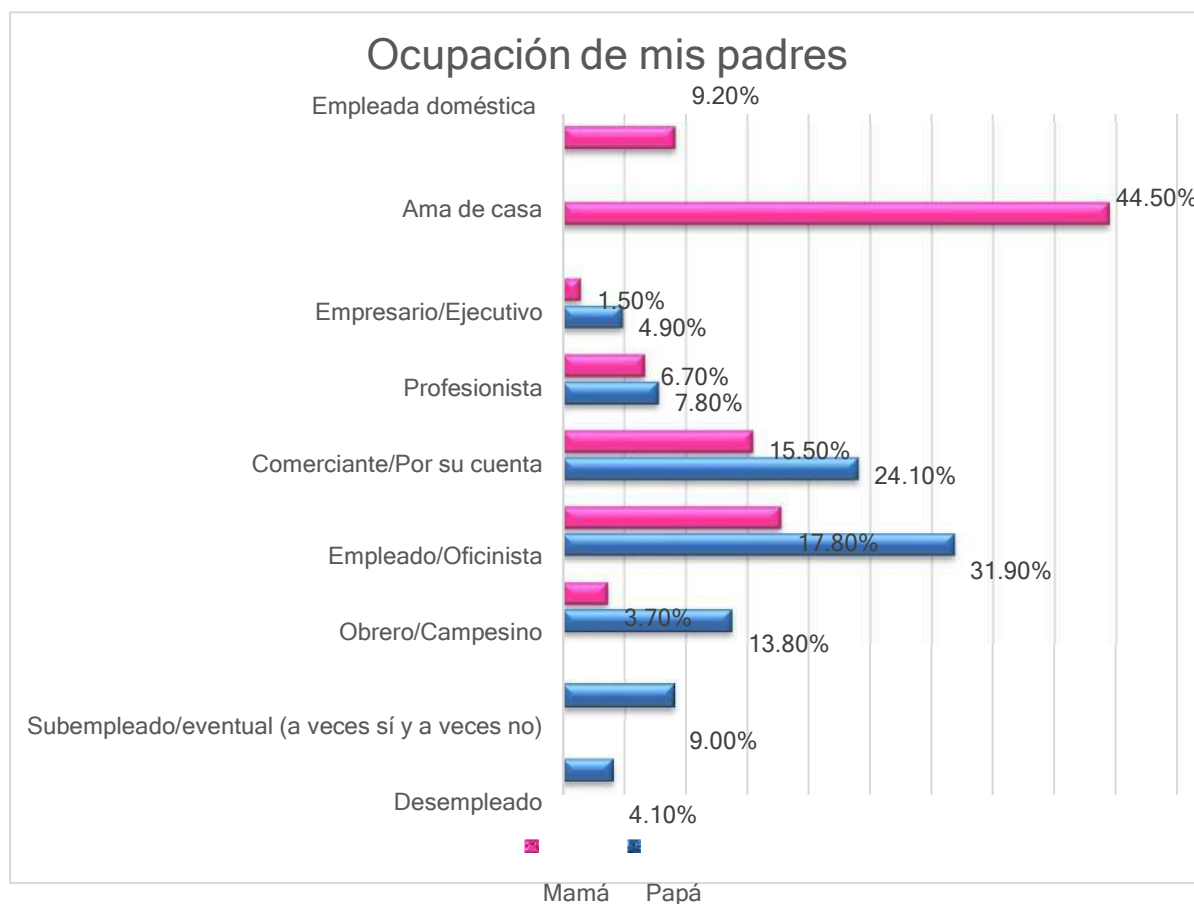
Escolaridad de los padres



En tanto a la ocupación de los padres, se señaló con mayor porcentaje la opción de empleado/oficinista seguido de comerciante o que laboran de manera autónoma en el caso de los papás (figura 4), mientras que los resultados más altos en ocupación de la mamá, sobresalen las amas de casa y en menor porcentaje las empleadas/oficinistas y comerciantes.

Figura 4

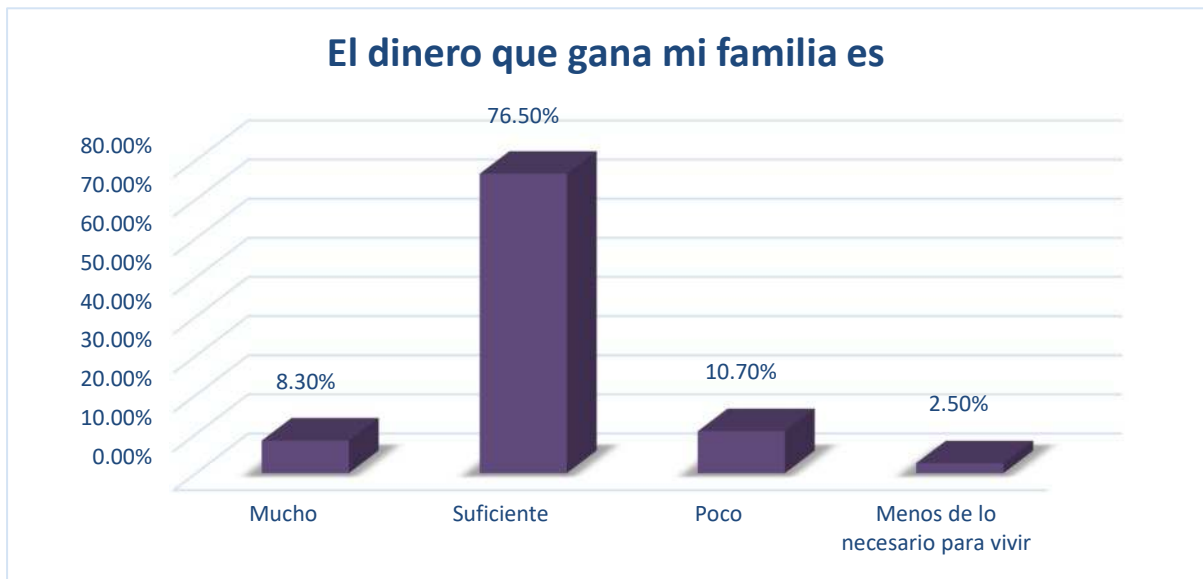
Ocupación de los padres



Por otro lado, se recogieron datos relacionados con la economía de las familias, en la figura 5 se reporta la percepción de los jóvenes acerca del dinero que gana su familia mensualmente. De acuerdo con los resultados, la mayoría percibe que el dinero es suficiente. Alrededor del 13% restante reportan que el dinero es poco e incluso menor al necesario para cubrir los gastos necesarios.

Figura 5

Cantidad de dinero en la familia



4.2 Rasgos de Dureza Emocional por sexo y edad

En la tabla 2, se muestra la diferencia de medias en los factores de rasgos de dureza emocional por sexo, donde las medias de los hombres son mayores y estadísticamente significativas en la dimensión insensibilidad y despreocupación, es decir, en esta muestra de adolescentes, los hombres reportan mayores rasgos insensibles y de despreocupación que las mujeres, sin embargo, las puntuaciones se encuentran por debajo de la media teórica.

Tabla 2*Diferencias entre sexo de las dimensiones de los rasgos de dureza emocional*

Dimensión	Hombres		Mujeres		Total		<i>t</i>	<i>p</i>
	n= 311		n= 341		N=652			
	<i>M</i>	<i>DE</i>	<i>M</i>	<i>DE</i>	<i>M</i>	<i>DE</i>		
Insensibilidad	1.14	.557	.88	.492	1.01	.540	6.42	.000
Despreocupación	1.21	.584	1.05	.558	1.13	.575	3.44	.001
Inexpresividad	1.46	.563	1.48	.627	1.47	.597	-.603	.547
Emocional								

Posteriormente, se muestran los resultados de un análisis para corroborar si existen diferencias de medias entre rangos de edad, considerando los factores de dureza emocional. Los resultados señalan que las medias más altas corresponden al rango de 13 a 15 años, sin embargo, solo el factor de insensibilidad es estadísticamente significativo (tabla 3), por lo que los adolescentes de entre 13 a 15 años de esta muestra, son más insensibles que aquellos de 16 a 18 años.

Tabla 3*Diferencias entre rangos de edad de las dimensiones de los rasgos de dureza emocional*

Dimensión	13 a 15 años		16 a 18 años		<i>t</i>	<i>p</i>
	N= 432		N= 220			
	<i>M</i>	<i>DE</i>	<i>M</i>	<i>DE</i>		
Insensibilidad	1.04	.562	.95	.489	2.08	.038
Despreocupación	1.15	.566	1.08	.591	1.47	.141
Inexpresividad	1.47	.567	1.46	.654	.212	.832
Emocional						

4.3 Factores de Personalidad por sexo y edad

En tanto a la variable de personalidad, también se realizaron análisis para observar la prevalencia de los cinco factores en relación con el sexo y rangos de edad.

En la tabla 4, se observa que las medias de las mujeres son mayores y estadísticamente significativas en los factores conciencia y neuroticismo, mientras que los hombres obtienen diferencia estadísticamente significativa únicamente en el factor extraversión. Cabe resaltar que los puntajes en ambos sexos, son mayores a los esperados por la media teórica.

Tabla 4*Diferencias entre sexo de las dimensiones de los cinco grandes de la personalidad*

Dimensión	Hombres		Mujeres		Total		<i>t</i>	<i>p</i>
	N= 311		N= 341		N=652			
	<i>M</i>	<i>DE</i>	<i>M</i>	<i>DE</i>	<i>M</i>	<i>DE</i>		
Conciencia o	3.54	.601	3.73	.544	3.32	.680	-4.34	.000
Responsabilidad								
Extraversión	3.46	.633	3.36	.676	3.82	.636	2.04	.042
Intelecto o	3.09	.585	3.07	.611	3.20	.660	.50	.617
Apertura								
Agradabilidad o	3.11	.681	3.11	.725	3.43	.605	-.04	.964
Cordialidad								
Neuroticismo	2.59	.674	2.71	.708	2.69	.693	.21	.020

En los análisis de medias por edad, los adolescentes de 16 a 18 años obtuvieron medias mayores en todos los factores exceptuando el neuroticismo, sin embargo, en ninguno se encontró una significancia relevante, señalando que no hay diferencia entre los dos grupos de edad (tabla 5).

Tabla 5*Diferencias entre rangos de edad de las dimensiones de los cinco grandes de la personalidad*

Dimensión	13 a 15 años		16 a 18 años		<i>t</i>	<i>p</i>
	N= 432		N= 220			
	<i>M</i>	<i>DE</i>	<i>M</i>	<i>DE</i>		
Conciencia o Responsabilidad	3.61	.589	3.69	.558	-1.63	.102
Extraversión	3.40	.652	3.43	.671	-.528	.598
Intelecto o Apertura	3.04	.615	3.14	.561	-1.95	.051
Agradabilidad o Cordialidad	3.09	.707	3.16	.697	-1.16	.244
Neuroticismo	2.66	.690	2.65	.705	.216	.829

4.4 Dureza emocional y personalidad

Se realizó un análisis de correlación entre los factores de RADE y BFQ para conocer su grado y tipo de asociación. En la tabla 6 se muestra que su relación global es negativa y moderada. Referente al RADE global con los factores del BFQ, se obtuvieron correlaciones inversas moderadas, exceptuando al factor neuroticismo. De manera similar, las puntuaciones de BFQ global mantiene una relación negativa y moderada con los factores de RADE.

En tanto a los factores de RADE, insensibilidad obtuvo relaciones estadísticamente significativas y negativas con los factores conciencia e intelecto, y relación positiva con neuroticismo, pertenecientes al BFQ.

En cuanto a despreocupación e inexpresividad emocional, mantienen una relación negativa y estadísticamente significativa con 4 de las dimensiones de personalidad, a excepción de neuroticismo.

Tabla 6

Correlaciones entre los factores de RADE y BFQ

RADE/BFQ	Insensibilidad	Despreocupación	Inexpresividad emocional	RADE Global
Conciencia o Responsabilidad	-.254**	-.407**	-.152**	-.422**
Extraversión	-.011	-.206**	-.423**	-.251**
Intelecto o Apertura	-.083*	-.212**	-.110**	-.198**
Agradabilidad o Cordialidad	-.077	-.318**	-.326**	-.318**
Neuroticismo	.098*	-.014	-.056	.039
BFQ Global	-.129**	-.367**	-.318**	-.375**

En la tabla 7 se muestran los índices de confiabilidad por factor de ambos instrumentos utilizados para medir rasgos de dureza emocional y personalidad. El Alfa de Cronbach global de RADE fue de .721, y de .862 para los cinco grandes de la personalidad.

Tabla 7*Confiabilidad de los instrumentos de Rasgos de Dureza Emocional y Personalidad*

Factor	Número de reactivos	Alfa de Cronbach
F1. Indiferencia	9	.712
F2. Insensibilidad	7	.655
F3. Inexpresividad	6	.604
F1. Conciencia	15	.850
F2. Extraversión	11	.806
F3. Intelecto	10	.777
F4. Amabilidad	6	.763
F5. Neuroticismo	6	.732

CAPÍTULO 5.

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

En los últimos años, la delincuencia ha ido en aumento y, con ella, la participación de adolescentes en bandas delictivas o actos violentos que denotan rasgos de personalidad como la dureza emocional que interfieren en su desarrollo, en la adaptación social y en su salud, ya sea física, mental o emocional. Por lo tanto, el objetivo de esta investigación fue analizar la relación entre la dureza emocional y los rasgos de personalidad en adolescentes escolarizados que viven en la zona metropolitana de la Ciudad de México.

Como parte de los análisis, se exploró en primer lugar las condiciones o características sociodemográficas de los adolescentes, pues de acuerdo con Galeano (1996), en América Latina se ha relacionado la presencia de violencia con la inestabilidad política, ingobernabilidad y crisis económica. Aunado a ello, se han encontrado características comunes como un bajo nivel escolar, pobreza, familias numerosas y escaso acceso a recursos sociales en jóvenes que han infringido la ley (Calderón, 2006).

Los datos obtenidos señalan que la mayoría de ellos tienen familias nucleares, que es una cualidad común en la estructura familiar mexicana. Como señala el INEGI (2018a), los hogares familiares que se conforman por el jefe (a), conyugue e hijos o sólo conyugue e hijos (familia nuclear) representan el 69% de las familias mexicanas.

Referente a la economía de las familias, los adolescentes perciben que tienen el dinero suficiente para vivir, siendo una minoría los que consideran que el dinero es mucho. Si bien, bajos recursos no es sinónimo de conductas delictivas, un bajo nivel económico puede orillar a los adolescentes a conductas de riesgo y de vulnerabilidad, que posteriormente pueden adoptar como parte de su personalidad, teniendo comportamientos insensibles o rasgos

delictivos (Sandoval, 2014).

Por otro lado, se encontró que existen rasgos de dureza emocional en la muestra total de forma moderada, aunque con diferencias por sexo. Los hombres tuvieron puntuaciones mayores de insensibilidad y despreocupación, es decir, los adolescentes de esta muestra, tienen mayor carencia de culpa, empatía, de remordimiento y de cuidado propio. Estos datos coinciden con el estudio realizado por Rivera (2016) en una muestra escolar conformada por adolescentes de la CDMX, donde las puntuaciones más altas sobresalen en el sector masculino, tanto en las tres dimensiones, como de manera global. De manera similar, Essau et al., (2006), encontró que los hombres tienden a mayores puntajes de rasgos de insensibilidad emocional en comparación con las mujeres.

Como Fanti (2013) señala, puntuaciones elevadas en los RADE se asocian con mayor número de conductas agresivas y graves, y que en esta y otras muestras los hombres sobresalieran, podría deberse a las marcadas diferencias de género culturales, donde es común fomentar prácticas violentas en los varones desde los primeros años de vida (Barcelata y Rivera, 2017).

Como lo mencionan Cohen-Imach y Coronel (2009), los niños se someten a un proceso de socialización donde aprenderán conductas de sus sistemas más próximos como lo es la familia, donde es común observar a los padres celebrando conductas agresivas en los niños.

En contraparte, los resultados señalaron que las mujeres son más inexpresivas que los hombres. Este dato concuerda con un estudio en adolescentes mexicanos, donde se observó que las mujeres presentan mayores índices de introversión e inexpresividad, que son catalogados como síndromes internalizados (Oliva et al., 2009). Resultados similares obtuvieron Navor et al., (2017), donde las mujeres presentaron mayor probabilidad de presentar comportamientos dirigidos hacia sí mismas en lugar de externalizarlos, como es el caso de los hombres.

Referente a la edad, se encontraron diferencias significativas únicamente en el factor de insensibilidad para los adolescentes de 13 a 15 años, señalando que en ellos es mayor la dureza emocional en comparación con los jóvenes de 16 a 18 años. Este resultado también fue reportado por Barcelata y Rivera (2017), señalando medias mayores en el mismo rango de edad y en población escolar, sin embargo, en un estudio realizado por Álvarez (2020) en una muestra de adolescentes infractores, no se encontraron diferencias, es decir, los rasgos de dureza emocional se presentaron de igual manera para toda la muestra.

Es probable que la razón de una mayor aparición de insensibilidad emocional en los jóvenes de 13 a 15 años, se deba a las características de desarrollo de la adolescencia temprana como la presencia de egocentrismo, donde se centran en sus propias conductas y sentimientos, posteriormente, disminuye dando lugar a una visión sociocéntrica a la par que se desarrolla el área cognitiva (Gaete, 2015).

En tanto a la personalidad y sus diferencias por sexo, los resultados señalan puntajes estadísticamente significativos en los factores conciencia y neuroticismo para las adolescentes. En otras palabras, las mujeres son más ordenadas, tienen mayor necesidad de logro, compromiso y son más disciplinadas, sin embargo, al sobresalir en el factor neuroticismo, se observa mayor ansiedad, vulnerabilidad al estrés, carencia de confianza, estados de ánimo de enojo y son más propensas a sentir culpa. Es probable que estas características se ligen a los estereotipos de la mujer, donde se les cataloga como seres sensibles emocionalmente, al contrario de los hombres (Amurrio et al., 2012).

Estos puntajes en los factores de conciencia y neuroticismo, se han encontrado desde hace décadas en el sector femenino, marcando un claro perfil de estereotipo (Del Barrio et al., 2006). De acuerdo con Caballo et al., (2009) y los resultados obtenidos en su estudio conformado por 545 adultos, aquellos rasgos que comprenden el área emocional, como el neuroticismo,

son más frecuentes en las mujeres, mientras que la agresividad y la energía, caracterizan más a los hombres, dato que coincide con las medias obtenidas en los hombres en la dimensión extraversión, es decir, presentan índices más elevados de expresividad, sociabilidad y son físicamente más activos.

A partir del análisis de correlación entre los RADE y los factores de personalidad, se halló una correlación estadísticamente significativa e inversa en las puntuaciones globales de ambas variables, lo que significa que mayor número de características positivas de personalidad, como la conciencia, extraversión, intelecto y agradabilidad, se relacionan con menor grado de rasgos de dureza emocional, o viceversa. De acuerdo con estudios de Rojas (2018), los RADE coinciden con características de la personalidad negativas, como poca sensibilidad, indiferencia y pocas emociones prosociales.

Referente al factor insensibilidad, tuvo una relación estadísticamente significativa y negativa con los factores de intelecto y conciencia, por lo que, a mayor insensibilidad, menor apertura a las situaciones emocionales con otros adolescentes, son menos optimistas, es más complicado emplear con ellos estrategias de regulación emocional, menos inhibición moral, entre otras características. Al contrario, fue con el factor neuroticismo donde su relación positiva indica que a mayor insensibilidad mayor es la inestabilidad emocional, la ansiedad, es mayor la frustración e inseguridad en las relaciones con los demás.

El segundo y tercer factor perteneciente a los rasgos de dureza emocional, despreocupación y la inexpresividad emocional, también obtuvieron puntajes significativos inversos con todos los factores de personalidad, exceptuando el neuroticismo, indicando que cuando los adolescentes son más despreocupados e inexpresivos, es decir, ausencia de cuidado propio, de empatía y de expresión de sentimientos, será menor la confianza en otros, el altruismo, la compasión, la cautela y menores contenidos cognitivos. También se puede señalar de manera

inversa.

Como pudo observarse, los resultados encontrados en este trabajo coinciden con poblaciones extranjeras, sin embargo, es importante ampliar la muestra para futuras investigaciones, abarcando adolescentes no escolarizados, ya que son los sectores más desfavorecidos y con mayor contacto con la vulnerabilidad. Por otro lado, se hace una invitación a explorar los rasgos de dureza emocional en conjunto con otras variables, ya que como se mencionó anteriormente, México necesita mayor investigación al respecto para fomentar planes de intervención que se adecuen y respondan a las necesidades del mexicano.

Por otro lado, se sugiere actuar preventivamente, ya que las cifras del aumento de violencia no son favorecedoras, es esencial dar herramientas cognitivas y emocionales desde temprana edad, fomentando por ejemplo la conducta prosocial, la empatía, el trabajo en equipo, el reconocimiento de emociones, la inteligencia emocional, entre otras. Esto abre otra área de oportunidad como el trabajo con los padres, para brindarles un acompañamiento e información, de tal forma que se asegure un desarrollo sano, promoviendo la normalización de la salud mental y emocional.

REFERENCIAS

- Águila, G., Díaz, J., & Díaz P. (2017). Adolescencia temprana y parentalidad. Fundamentos teóricos y metodológicos acerca de esta etapa y su manejo. *MediSur*, 15(5), 694-700. <http://ref.scielo.org/ctmj3>
- Aguilar, M. (2012). La influencia del contexto familiar en el desarrollo de conductas violentas durante la adolescencia: factores de riesgo y de protección. *Revista criminalidad*, 54(2), 27-46. <http://www.scielo.org.co/pdf/crim/v54n2/v54n2a03.pdf>
- Allport, G. (1970). *La personalidad*. Herder.
- Allport, G. (1974). *Psicología de la personalidad*. Paidós. 4ª edición. Original (Personality. A Psychological interpretation) publicado en 1937.
- Álvarez, A. (2020). *Correlatos entre Rasgos de Dureza Emocional y Uso de Inteligencia Emocional en adolescentes de zonas de riesgo social* (Tesis de Licenciatura, Universidad Nacional Autónoma de México) <http://132.248.9.195/ptd2020/enero/0799775/Index.html>
- Amurrio, M., Larrinaga, A., Usategui, E. & Del Valle, A. (2012). *Los estereotipos de género en los/las jóvenes y adolescentes*. [Congreso]. XVII Congreso de estudios Vascos, País Vasco. <http://www.euskomedia.org/PDFAnlt/congresos/17/02270248.pdf>
- Andreu, J. M., Peña, M. E. & Ramírez, J. M. (2009). Cuestionario de agresión reactiva y proactiva en adolescentes. *Revista de Psicopatología y Psicología Clínica*, 14, 37-49.
- Araque, O. L. (2014). Psicopatía, situación jurídico-psicológica. *Principia Iuris*, 14(14), 83-

102.

Arenas, A., Hidalgo, V. & Menéndez, S. (2009). Cohesión social percibida en familias usuarias de los servicios sociales comunitarios. *Portularia*, 9, 105-114.

Argyle, M. (2007). *Social Interaction*. Routledge.

Arnett, J. (2008) *Adolescencia y adultez emergente*. Prentice Hall

Ascione, F. R. (2001). Animal abuse and youth violence. *Juvenile Justice Bulletin*. Office of Juvenile Justice and Delinquency Prevention Washington, DC

Azaola, E. (2017). *Informe Especial. Adolescentes: Vulnerabilidad y Violencia*.

https://www.cndh.org.mx/sites/all/doc/Informes/Especiales/Informe_adolescentes_20170118.pdf

Banny, A. M., Heilbron, N., Ames, A. & Prinstein, M. J. (2011). Relational benefits of relational aggression: Adaptive and maladaptive associations with adolescent friendship quality. *Developmental Psychology*, 47, 1153–1166.

Barbaranelli C., Caprara G. V., Rabasca A. & Pastorelli C. (2003). A questionnaire for measuring the Big Five in late childhood. *Personality and Individual Differences*, 34, 645–664. [https://doi.org/10.1016/S0191-8869\(02\)00051-X](https://doi.org/10.1016/S0191-8869(02)00051-X)

Barber, B. K, Stoltz, E. I. & Olsen J. A. (2005). Parental support, psychological control, and behavioral control: Assessing relevance across time, culture, and method. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 70, 1–137.

Barcelata, B. (2015). *Adolescentes en riesgo. Una mirada a partir de la resiliencia*. Editorial Manual Moderno.

- Barcelata, B. (2016). *Cédula Sociodemográfica del Adolescente y su Familia* (Versión para investigación). México: FES Zaragoza, UNAM.
- Barcelata, B. y Rivera, A. (2017). Detección de rasgos de insensibilidad emocional en adolescentes en riesgo psicosocial: Base para la prevención de la violencia. 1-12.
- Barry, C. T, Frick, P. J y Grafeman, S. J (2008). Informes de niños versus padres sobre prácticas parentales: implicaciones para la conceptualización de los problemas conductuales y emocionales del niño. *Evaluación*, 15 (3), 294-303.
- Bautista, J. y Quiroga, E. (2005). La relevancia de un planteamiento cultural de los trastornos de personalidad. *Psicothema*, 17(3), 422-429.
- Baker, E. D. & Maughan, B. (2009). Differentiating early-onset persistent versus childhood limited conduct problem youth. *Am J. Psychiatry*, 166(8), 900-908.
- Bayliss, C. M., Miller, A. K. & Herderson, C. E. (2010). Psychopathy development and implications for early intervention. *Journal of Cognitive Psychotherapy: An International Quarterly*, 24(2), 71-80.
- Benjet, C., Borges, G., Medina-Mora, M. E., Zambrano, J., Cruz, C. & Aguilar-Gaxiola, S. (2008). Youth mental health in a populous city of the developing world: Results from the Mexican adolescent health survey. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 50(4), 386-395. doi: 10.1111/j.1469-7610.2008.01962.x.
- Bermúdez, M. P., Teva, I. & Sánchez, A. (2003). Análisis de la relación entre inteligencia emocional, estabilidad emocional y bienestar psicológico. *Universitas Psychologica*, 2(1), 27-32.
- Bisquerra, R. (2009). *Psicopedagogía de las emociones*. Editorial Síntesis, S.A.
- Bisquerra, R. & Pérez, N. (2007). *Las competencias emocionales*. Universidad de Barcelona.

<http://e-spacio.uned.es/fez/eserv/bibliuned:EducacionXXI-2007numero10-823/Documento.pdf>

- Blair, J. R. (2013). The neurobiology of psychopathic traits in youths. *Nature Reviews Neuroscience*, 14(11), 786-799.
- Bohnert, A. M., Crnic, K. A. y Lim, K. G. (2003). Emotional competence and aggressive behavior in school-age children. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 31(1), 79-91.
- Boyer, T. (2006). The development of risk-taking: A multi-perspective review. *Developmental Review*, 26, 291-345.
- Bronfenbrenner, U. (1987). *La ecología del desarrollo humano*. Paidós.
- Burke, J. D., Loeber, R. & Lahey, B. B. (2007). Adolescent conduct disorder and interpersonal callousness as predictors of psychopathy in young adults. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology*, 36(3), 334-346.
- Butkovic, A., Brkovic, I. & Bratko, D. (2012). Predicting well-being from personality in adolescents and older adults. *Journal of Happiness Studies*, 13, 455-467.
<https://doi.org/10.1007/s10902-011-9273-7>
- Caballo, V., Guillén, J. & Salazar, I. (2009). Estilos, rasgos y trastornos de la personalidad: interrelaciones y diferencias asociadas al sexo. *Psico*, 40(3), 319-327.
- Calderón, R. (2006). El delito en Costa Rica: una propuesta analítica. *Revista centroamericana en Ciencias Sociales III, (RCCS)*, 3(1), 83-119.
- Caprara, G. V., Barbaranelli, C. & Borgogni (1993). Big five questionnaire. Florencia: Organización speciali (trad. cast. Bermúdez et al. Madrid; TEA, 1995).

- Carlo, G., Mestre, M. V., Samper, P., Tur, A. & Armenta, B. E. (2010). Feelings or cognitions? Moral cognitions and emotions as longitudinal predictors of prosocial and aggressive behaviors. *Personality and Individual Differences*, 48(8), 865-962.
- Carrasco, M. Á., Holgado, F. P. & Del Barrio, M. V. (2005). Dimensionalidad del cuestionario de los cinco grandes (BFQ-N) en población infantil española. *Psicothema*, 17(2), 286- 291.
- Carver, C. S. & Connor-Smith (2011). Personality and coping. *Annual Review of Psychology*, 61, 679-704.
- Cassaretto, M. (2010). Relación entre la personalidad y afrontamiento en adolescentes preuniversitarios. *Revista Vanguardia Psicológica*, 1(2), 202-225.
- Cerezo, M. y Vera, P. (2007). Antecedentes de maltrato infantil en la conducta antisocial y delictiva auto informada. Un estudio con menores infractores. *Revista Bienestar y Protección Infantil*, 3, 41-60.
- Chalen, L. M. (2016). *El bullying en el entorno escolar y su incidencia en el estado emocional de los estudiantes*. [Tesis, Universidad Técnica de Machala].
http://186.3.32.121/bitstream/48000/8559/1/E4012_CHALEN%20HERRERA%20LEYDI%20MARIA.pdf
- Chaux, E. (2003). Agresión reactiva, agresión instrumental y el ciclo de la violencia. *Revista de Estudios Sociales*, 15, 47-58.
- Cicchetti, D. & Toth, S. (1997). *Transactional ecological systems in developmental psychopathology*. En S. S. Luthar, J. A. Burack, D. Cicchetti & J. R. Weisz (Eds.), *Developmental psychopathology*, 317-349. Cambridge University Press.
- Cicchetti, D. & Valentino, K. (2006). *An ecological-transactional perspective on child*

maltreatment: failure of the average expectable environment and its influence on child development. In D. Cicchetti & D. Cohen (Eds.), *Developmental psychopathology. 3 Risk, disorder and adaptation.* 2, 129-201. John Wiley & Sons, Inc.

Cima, M., Vancleef, L., Lobbestael, J., Cor, M. & Korebrits, A. (2014). Don't you dare look at me, or else: Negative and aggressive interpretation bias, callous unemotional traits and type of aggression. *Journal of Child & Adolescent Behavior*, 2(2), 128-136.

Ciucci, E., Baroncelli, A., Franchi, M., Golmaryami, F. & Frick, P. (2014). The association between callous-unemotional traits and behavioral and academic adjustment in children: Further validation of the inventory of callous-unemotional traits. *Journal of Psychopathology and Behavioral Assessment*, 36(2), 189–200. doi:10.1007/s10862-013-9384-z

Cloninger, S. C. (2002). *Teorías de la personalidad.* Pearson Educación.

Cohen-Imach, S., & Coronel, C. P. (2009). *Aportes de la teoría de las habilidades sociales a la comprensión del comportamiento violento en niños y adolescentes.* [Congreso]. I Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XVI Jornadas de Investigación Quinto Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología-Universidad de Buenos Aires.

Collins, O. F., Andershed, H., Frogner, L., López-Romero, L., Veen, V. & Andershed, A. K. (2014). A new measure to assess psychopathic personality in children: The Child Problematic Traits Inventory. *Journal of psychopathology and behavioral assessment*, 36(1), 4-21.

Comisión Nacional de los Derechos Humanos. (2019a). *Niñas, niños y adolescentes víctimas del crimen organizado en México.*

<https://www.cndh.org.mx/sites/default/files/documentos/2019-11/Estudio-ninas-ninos-adolescentes-victimas-crimen.pdf>

Comisión Nacional de los Derechos Humanos. (2019b). *Informe especial de la comisión nacional de los derechos humanos sobre los centros de tratamiento interno para adolescentes que infringen la ley penal de la república mexicana.*

<https://www.cndh.org.mx/sites/default/files/documentos/2019-05/ADOLESCENTES-INFORME-ESPECIAL-2019.pdf>

Connor-Smith, J. & Compas, B. (2004). Coping as a moderator of relation between reactivity to interpersonal stress, health status and internalizing problems. *Cognitive and Therapy Research*, 28(3), 347-368. Doi.org/10.1023/ b:contr.0000031806.25021.d5

Connor-Smith, J. & Flashbart, C. (2007). Relations between personality and coping: A Meta-Analysis. *Journal of Personality and Social Psychology*, 93(6), 1080-1107. Doi: org/10.1037/0022-3514.93.6.1080

Costa, F., Jessor, R., Turbin, M., Dong, Q., Zhang, H. & Wang, C. (2005). The role of social contexts in adolescence: Context protection and context risk in the United States and China. *Applied Developmental Science*, 9(2), 67-85.

Cruise, K., Marsee, M., Dandreaux, D. & DePrato, D. (2007). Mental health screening of female juvenile offenders: Replication of a subtyping strategy. *Journal of Child and Family Studies*, 16, 615-625.

Czar, G. (2001). Development of a brief screener for assessing multiple pathologies among juvenile offenders living in higher level group homes. Dissertation Abstracts International (Section B: Sciences and Engineering), 61(12B).

De Bolle, M., Beyers, W., De Clercq, B., & De Fruyt, F. (2012). General personality and

psychopathology in referred and nonreferred children and adolescents: An investigation of continuity, pathoplasty, and complication models. *Journal of Abnormal Psychology, 121*(4), 958-970. <http://doi.org/10.1037/a0027742>

De Santiago Fernández, L. (2013). El maltrato animal desde un punto de vista criminológico. *Derecho y cambio social, 10*(33), 19.

Del Barrio, M. M., Carrasco, M. A. y Holgado, F. P. (2006). Análisis transversal de los cinco factores de personalidad por sexo y edad en niños españoles. *Revista Latinoamericana de Psicología, 38*(3), 567-577.

Delgadillo, L., & Francisco, A. (2013). El bullying una manifestación de deterioro entre la interacción social entre pares. *Revista XIMAHAI, 74*.

Dell'Aglio, D. D., Benetti, S. P., Cruz, S., Deretti, L., Bergesch, D. & Severo, L. J. (2005). Eventos estresores no desenvolvimiento de meninas adolescentes cumprindo medidas socioeducativas. *Paideia, 15*, 119-129.

DeNeve, K. & Cooper, H. (1998). The happy personality: a meta-analysis of 137 personality traits and subjective well-being. *Psychological Bulletin, 124*(2), 197- 229.

Department of Justice (2012). *Report of the Attorney General's National Task Force on Children Exposed to Violence*. Department of Justice

Diego, M. A., Field, T. M. & Sanders, C. E. (2003). Academic performance, popularity, and depression predict adolescent substance use. *Adolescence, 38*, 35- 42.

Emler, N. P. (2008). *Delinquents as a minority group: Accidental tourists in forbidden territory or voluntary émigrés?* In F. Butera & J. Levine (Eds.), *Coping with minority status: Responses to exclusion and inclusion*. Cambridge: Cambridge.

Essau, C. A., Sasagawa, S., & Frick, P. J. (2006). Callous-unemotional traits in a community

- sample of adolescents. *Assessment*, 13(4), 454-469.
- Eysenck, H.J. y Gudjonsson, G.H. (1989). *The causes and cures of criminality*. Plenum Press
- Eshel, N., Nelson, E. E., Blair, R. J., Pine, D. S. & Ernest, M. (2007). Neural substrates of choice selection in adults and adolescents: Development of the ventrolateral prefrontal and anterior cingulated cortices. *Neuropsychologic*, 45, 1270-1279.
- Fanti, K. (2013). Individual, social, and behavioral factors associated with co-occurring conduct problems and callous-unemotional traits. *Journal of abnormal child psychology*, 41(5), 811-824.
- Fanti, K., Demetriou, C. & Kimonis, E. (2013). Variants of Callous-Unemotional conduct problems in a community sample of adolescents. *Journal of Youth and Adolescence*, 42(7), 964-979.
- Farrington, D. P. (2004). *Conduct disorder, aggression, and delinquency*. In R. M. Lerner & L. Steinberg (Eds.), *Handbook of adolescent psychology*, 2, 627-664.
- Fernández, I. (2017). *Prevención de la violencia y resolución de conflictos: El clima escolar como factor de calidad* (Vol. 142). NARCEA Ediciones.
- Font, M. L. (2002). Personalidad: esbozo de una teoría integradora. *Psicothema*, 14(4), 693-701.
- Frick, P. J., Cornell, A., Bodin, S., Frick, H., Barry, C. & Loney, B. (2003). Callous-unemotional traits and developmental pathways to severe conduct problems. *Developmental Psychology*, 39(2), 246-260.
- Frick, P. J., Cornell, A. H., Barry, C.T. Bodin, S.D. & Dane, H. E. (2003). Callous-unemotional traits and conduct problems in the prediction of conduct problem severity, aggression, and self-report of delinquency. *Journal of Abnormal Child*

Psychology, 31, 457–470.

Frick, P.J. & Dickens, C. (2006). Current perspectives on conduct disorder. *Current Psychiatry Reports*, 8, 59–72.

Frick, P. J., Kimonis, E. R., Dandreaux, D. M. & Farrell, J. M. (2003). The 4-year stability of psychopathic traits in non-referred youth. *Behavioral sciences & the law*, 21(6), 713-736.

Frick, P. J., Ray, J. V., Thornton, L. C. & Kahn, R. E. (2014). Annual research review: A developmental psychopathology approach to understanding callous-unemotional traits in children and adolescents with serious conduct problems. *Journal of child Psychology and Psychiatry*, 55(6), 532-548.

Frick, P. J., Stickle, T. R., Dandreaux, D. M., Farrell, J. M. & Kimonis, E. R. (2005). Callous–unemotional traits in predicting the severity and stability of conduct problems and delinquency. *Journal of abnormal child psychology*, 33(4), 471-487.

Frick, P. & Viding, E. (2009). Antisocial behavior from a developmental psychopathology perspective. *Development and Psychopathology*, 21(4), 1111-1131. doi.org/10.1017/S0954579409990071

Frick, P. J., & White, S. F. (2008). Research review: The importance of callous-unemotional traits for developmental models of aggressive and antisocial behavior. *Journal of child psychology and psychiatry*, 49(4), 359-375.

Gaete, V. (2015). Desarrollo psicosocial del adolescente. *Revista chilena de pediatría*, 86(6), 436-443.

Galeano, E. (1996). El sacrificio de la justicia en los altares del orden de los prisioneros. *Revista Reflexiones*, 48(1), 3-9.

- Galván, C. (2011). *Validez y confiabilidad del inventario de rasgos de insensibilidad emocional de Frick, en una muestra de adolescentes escolares y de adolescentes en conflicto con la ley*. [Tesis para obtener especialidad en psiquiatría infantil y de la adolescencia, Universidad Nacional Autónoma de México], México.
- Garaigordobil, M. (2004). "Effects of a psychological intervention on factors of emotional development during adolescence". *European Journal of Psychological Assessment* 20, 66-80.
- Garaigordobil, M. (2008). *Intervención psicológica con adolescentes. un programa para el desarrollo de la personalidad y la educación en derechos humanos durante la adolescencia* (2ª Edición). Pirámide.
- Garaigordobil, M. (2017). Conducta prosocial: el papel de la cultura, la familia, la escuela y la personalidad. *Revista Mexicana de investigación en Psicología*, 6(2), 146-157.
- Garaigordobil, M. y Oñederra, J.A. (2010). Inteligencia emocional en las víctimas de acoso escolar y en los agresores. *European Journal of Education and Psychology*, 3(2), 243-256.
- García, G. & Cruz, O. (Eds.). (2017). *Problemáticas contemporáneas: retos y perspectivas de la violencia y convivencia escolar*. Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.
- García, C. H., Valle, A., Daniel, L., Grimaldo, N., Grimaldo, B., & Calderón, C. (2017). Psychopathy as a Predictor Variable of The Disposition to Steal. *Revista Iberoamericana de Psicología y Salud*, 9(2), 137.
- Giedd, J. N. (2004). Structural magnetic resonance imaging of the adolescent brain. *Annals of the New York academy of sciences*, 1021(1), 77-85.
- Gini, G., Pozzoli, T. y Hauser, M. (2011). Bullies have Enhanced Moral Competence to

- Judge relative to Victims, but Lack Moral Compassion. *Personality and Individual Differences*, 50, 603-608. Doi: <http://dx.doi.org/10.1016/j.paid.2010.12.002>
- Godberg, E. (2001). *The executive brain: Frontal lobes and the civilized mind*. Oxford University Press.
- Godwin, C. D., & Helms, J. L. (2002). Violence risk assessment of youth. Ribner, N. G. (Ed.). (2003). *California School of Professional Psychology Handbook of Juvenile Forensic Psychology*. John Wiley & Sons.
- Gómez, A., Gala, F. J., Lupiani, M., Bernalte, A., Miret, M. T., Lupiani, S., y Barreto, M. C. (2005). El "bullying" y otras formas de violencia adolescente. *Cuadernos de Medicina Forense* 13(48- 49), 165-177.
- Gratz, K., y Tull, M. (2010). *Emotion Regulation as a mechanism of Change in Acceptance a Mindfulness-based Treatments*. En: Baer, R (Ed.), *Assessing mindfulness and acceptance processes in clients: Illuminating the theory and practice of change*. New Harbinger.
- Gobierno de México. (2020). *Acciones y programas*. Incidencia delictiva. <https://www.gob.mx/sesnsp/acciones-y-programas/incidencia-delictiva-87005>
- Güemes-Hidalgo, M., Ceñal, M., & Hidalgo, M. (2017a). Desarrollo durante la adolescencia. Aspectos físicos, psicológicos y sociales. *Pediatría Integral*, 21(4), 233-244.
- Güemes-Hidalgo, M., Ceñal, M., & Hidalgo, M. (2017b). Pubertad y adolescencia. *Revista de Formación Continuada de la Sociedad Española de Medicina de la Adolescencia*, 5(1), 07-22.
- Halty, L., Martínez, A., Requena, C., Santos, J., & Ortiz, T. (2011). Psicopatía en niños y adolescentes: Modelos, teorías y últimas investigaciones. *Revista de Neurología*,

52(1), 19-27

Hare, R. D. (1991). *Manual for the hare psychopathy Checklist Revised*. North Tonawanda, Multi-Health Systems, Inc.

Hare, R. D. (2003). *Manual for the Hare Psychopathy Checklist–Revised*. Multi-Health Systems

Hare, R. D. (2010). *PCL-R: escala de evaluación de psicopatía HARE revisada*. Tea.

Headey, B. (2010). The Set Point Theory of Well-being has serious flaws: on the eve of a Scientific Revolution? *Springer Science and Business*, 97, 7-21.

Heck, C. & Walsh, A. (2000). The effects of maltreatment and family structure on minor and serious delinquency. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 44 (2), 178-193.

Hidalgo, M. I., & Júdez, J. (2007). Adolescencia de alto riesgo. Consumo de drogas y conductas delictivas. *Pediatría Integral*, 11(10), 895-910.

Ibarrola, B. (2011). *Como educar las emociones de nuestros hijos*. Trabajo presentado en la *Consejería de Acción Social y Fundación de Ayuda contra la Drogadicción (FAD)*, abril, 2011. Alicante.

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (2017). *Censo Nacional de Procuración de Justicia Estatal*.

<http://www.beta.inegi.org.mx/proyectos/censosgobierno/estatal/cnpj/2017/>

Instituto Nacional de Estadísticas Geografía e Informática (2020). *Datos preliminares revelan que de enero a junio de 2019 se registraron 17 198 homicidios*. En comunicado de prensa.

<https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2020/EstSociodemo/De>

funHomicidio.pdf

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (2018a). *Encuesta Nacional de Hogares. En comunicado de prensa.*

https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2018/EstSociodemo/enh2018_05.pdf

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. (2018b). *Estadísticas a propósito del día del niño (30 de abril) Datos nacionales.* En comunicado de prensa.

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. (2019a). *Encuesta Nacional de Seguridad Pública Urbana.* En comunicado de prensa.

https://www.inegi.org.mx/contenidos/saladeprensa/boletines/2019/ensu/ensu2019_07.pdf

Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática. (2019b). *Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública 2019.*

<https://www.inegi.org.mx/temas/incidencia/>

Inglés, C. J., Torregrosa, M. S., García-Fernández, J. M., Martínez-Monteagudo, M. C., Estévez, E. & Delgado, B. (2015). Conducta agresiva e inteligencia emocional en la adolescencia. *European journal of education and psychology*, 7(1).

Jiménez-Barbero, J. A., Ruiz-Hernández, J. A., Velandrino-Nicolás, A. P., & Llor-Zaragoza, L. (2016). Actitudes hacia la violencia, impulsividad, estilos parentales y conducta externalizada en adolescentes: comparación entre una muestra de población general y una muestra clínica. *Anuales de psicología*, 32(1), 132-138.

Johnstone, L. & Cooke, D. (2004). Rasgos similares a los psicópatas en la infancia: preocupaciones conceptuales y de medición. *Behavioral Sciences & the Law*, 22 (1),

103-125.

Joshanloo, M. & Afshari, S. (2009). Big five Personality traits and Self-esteem as predictors of Life Satisfaction in Iranian Muslim University. *Springer Science and Business*, 12, 105-113

Kimonis, E. R., Frick, P. J., Skeem, J. L., Marsee, M. A., Cruise, K., Munoz, L. C., ... & Morris, S. (2008). Assessing callous–unemotional traits in adolescent offenders: Validation of the Inventory of Callous–Unemotional Traits. *International journal of law and psychiatry*, 31(3), 241-252.

Kochanska, G., Kim, S., Boldt, L., & Yoon, J. (2013). Children’s Callous-Unemotional traits moderate links between their positive relationships with parents at preschool age and externalizing behavior problems at early school age. *Journal of Child Psychology Psychiatry*, 54, 1251–1260.

Kokkinos, C. M., Voulgaridou, I., Mandrali, M., & Parousidou, C. (2016). Interactive links between relational aggression, theory of mind, and moral disengagement among early adolescents. *Psychology in the Schools*, 53, 253–269.

Kruh, I.P., Frick, P.J., & Clements, C.B. (2005). Historical and personality correlates to the violence patterns of juveniles tried as adults. *Criminal Justice and Behavior*, 32, 69–96.

Le Blanc, M., & Loeber, R. (1998). Developmental criminology updated. *Crime and Justice*, 23, 115-198. <http://doi.org/10.1086/449270>

Lilienfeld, S. O., & Fowler, K. A. (2006). *The self-report assessment of psychopathy: Problems, pitfalls, and promises*. In C. J. Patrick (Ed.), *Handbook of psychopathy* (pp. 107–132). Guilford.

- Little, T., Brauner, J., Jones, S. M., Nock, M. K., & Hawley, P. H. (2003). Rethinking Aggression: A Typological Examination of the Functions of Aggression. *Merrill-Palmer Quarterly*, 49(3), 343- 369. Doi: 10.1353/mpq.2003.0014
- López, S. (2013). Revisión de la psicopatía: Pasado, presente y futuro. *Revista Puertorriqueña de Psicología*, 24(2), 1-16.
- Luna, B., Thulborn, K. R., Muñoz, D. P., Merriam, E. P., Garver, K. E., Minshew, N.J. *et al.* (2001). Maturation of widely distributed brain function subserves cognitive development. *NeuroImage*, 13, 786-793
- Luna, M. (2013). *Discriminación en instituciones de cuidado de niñas, niños y adolescentes*. RELAF-UNICEF
- Lynam, D. R., Loeber, R. & Stouthamer-Loeber, M. (2008). The stability of psychopathy from adolescence into adulthood: The search for moderators. *Criminal Justice and Behavior*, 35(2), 228-243.
- Marín, M., Robles, R., González-Forteza, C., & Andrade, P. (2012). Propiedades psicométricas de la escala de dificultades en la regulación emocional en español (DERS-E) para adolescentes mexicanos. *Salud Mental*, 35(6), 521-526.
- Marsee, M.A., & Frick, P.J. (2007). Exploring the cognitive and emotional correlates to proactive and reactive aggression in a sample of detained girls. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 35, 969–981.
- Masten, A. (2001). Ordinary Magic. *American Psychologist*, 56(3), 227-238.
- Masten, A., Burt, K. & Coatsworth, D. (2006). *Competence and psychopathology in development*. En D. Cicchetti & D. Cohen (Eds.), *Developmental Psychopathology*. 3. Risk, Disorder and Adaptation. (pp. 696-738). John Wiley & Sons, Inc.

- McCrae, R. & Costa, P. (1990). *Personality In Adulthood. a Five-Factor Theory Perspective*. Guilford Press.
- McMahon, R. J., Witkiewitz, K., & Kotler, J. S. (2010). Predictive validity of callous–unemotional traits measured in early adolescence with respect to multiple antisocial outcomes. *Journal of abnormal psychology, 119*(4), 752.
- Meléndez, J. C., Satorres, E., Cujíño, M. A., & Reyes, M. F. (2019). Big Five and psychological and subjective well-being in Colombian older adults. *Archives of Gerontology and Geriatrics, 82*, 88-93.
<https://doi.org/10.1016/j.archger.2019.01.016>
- Meschke, L. L., Bartholomae, S. & Zentall, S. (2002). “Adolescent sexuality and parent-adolescent process: promotion healthy teen choices”. *Journal of Adolescent Health, 31*, 264-279.
- Mestre, M. (2014). Desarrollo prosocial: crianza y escuela. *Revista Mexicana de Investigación en Psicología 6*(2), 115-134.
- Mestre, V., García, P. S., Porcar, A. M. T., de Minzi, C. R. & Mesurado, B. (2012). Emociones, estilos de afrontamiento y agresividad en la adolescencia. *Universitas Psychologica, 11*(4), 1275-1275.
- Mestre, V., Samper, P., & Frías, M.D. (2002). Procesos cognitivos y emocionales predictores de la conducta prosocial y agresiva: la empatía como factor modulador. *Psicothema 14*, 227-232.
- Millon, T. (1993). *Manual of Millon Adolescent Clinical Inventory*. Minneapolis: National Computer Systems.
- Millon, T. & Davis, R. (1998). *Trastornos de la personalidad: Más allá del DSM-IV*. B

Masson.

Millon, T., Simonsen, E., Birket-Smith, M., & Davis, R. (2003). *Psychopathy: Antisocial criminal and violent behavior*. Guilford Press.

Ministerio de Salud de Chile. (2012). Programa Nacional de Salud Integral de Adolescentes y Jóvenes (Borrador). Santiago, Chile:
MINSAL. <http://www.minsal.gob.cl/portal/url/item/b7c3deca300d7890e0400101640129e5.pdf>

Monreal, M. D. C., Povedano-Díaz, A. & Martínez-Ferrer, B. (2013). Modelo ecológico de los factores asociados a la violencia de género en parejas adolescentes.

Montaño Sinisterra, M. R., Palacios Cruz, J. L. & Gantiva Díaz, C. A. (2009). Teorías de la personalidad. Un análisis histórico del concepto y su medición. *Psychologia: avances de la disciplina*, 3(2), 81-107.

Morizot, J. (2015). The contribution of temperament and personality traits to criminal and antisocial behavior development and desistance. In J. Morizot & L. Kazemian (Eds.) *The Development of Criminal and Antisocial Behavior* (pp. 137-165). Switzerland: Springer International Publishing. <http://doi.org/10.1007/978-3-319-08720-7>

Muñoz, L. C. & Frick, P. J. (2007). The reliability, stability, and predictive utility of the self-report version of the Antisocial Process Screening Device. *Scandinavian journal of psychology*, 48(4), 299-312.

Navor, J. C. H., Guadarrama, R. G., López, M. V. & Mendoza, O. M. (2017). Prevalencia de problemas emocionales y conductuales en una muestra de adolescentes mexicanos. *Psico* 48(4), 250-255.

Oliva, L., Castro, C. & García, G. (2009). Adaptación del cuestionario sobre el

comportamiento en niños de 1-5 a 5 años de Achenbach para niños de 4 a 5 años.

Enseñanza e Investigación en Psicología, 14(1), 179-191.

Organización Mundial de la Salud (2003). *Informe Mundial sobre la Violencia y la Salud*.

Washington; DC.

Organización Mundial de la Salud (2002). *Informe mundial sobre la violencia y la salud*.

https://www.who.int/violence_injury_prevention/violence/world_report/es/summary_es.pdf

Organización Mundial de la Salud (2020). *Salud del adolescente*.

https://www.who.int/maternal_child_adolescent/topics/adolescence/dev/es/

Organización de las Naciones Unidas (2015). *Juventud*. Recuperado

<https://www.un.org/es/sections/issues-depth/youth-0/index.html>

Ortiz-Tallo, M., Fierro, A., Blanca, M. J., Cardenal, V. & Sánchez, L. M. (2006). Factores de personalidad y delitos violentos. *Psicothema*, 18(3), 459-464.

Palacios, J., Sánchez, B., & Andrade, P. (2010). Intento de suicidio y búsqueda de sensaciones en adolescentes. *Revista Intercontinental de Psicología y Educación*, 12(1), 53-75.

Pardini, D.A., Lochman, J.E. & Frick, P.J. (2003). Callous / unemotional traits and social-cognitive processes in adjudicated youths. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry*, 42, 364–371.

Pardini, D. A., Fite, P. J. & Burke, J. (2008). Bidirectional associations between parenting practices and conduct problems in boys from childhood to adolescence: The moderating effect of age and African-American ethnicity. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 36, 647–662.

- Pardini, D. A. & Loeber, R. (2008). Interpersonal callousness trajectories across adolescence: Early social influences and adult outcomes. *Criminal Justice and Behavior*, 35, 173–196.
- Pasalich, D. S., Dadds, M. R., Hawes, D. J. & Brennan, J. (2012). Do callous-unemotional traits moderate the relative importance of parental coercion versus warmth in child conduct problems? An observational study. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 52, 1308–1315.
- Pérez-Luco, R., Lagos, L. & Báez, C. (2012). Reincidencia y desistimiento en adolescentes infractores: análisis de trayectorias delictivas a partir de autoreporte de delitos, consumo de sustancias y juicio profesional. *Universitas Psychologica*, 11(4), 1225-1225.
- Pettila, J. & Skeem, J. L. (2003). An Introduction to the Special Issues on Juvenile Psychopathy and Some Reflections on the Current Debate: *Juvenile Psychopathy: The Debate*. Behavioral Sciences & the Law.
- Piotrowska, P. J., Stride, C. B., Croft, S. E. & Rowe, R. (2015). Socioeconomic status and antisocial behavior among children and adolescents: A systematic review and meta-analysis. *Clinical psychology review*, 35, 47-55.
- Pozuelo, J. M., Romero, S.L. & Casas, N. (2011). Psicopatía, violencia y criminalidad: un análisis psicológico-forense, psiquiátrico-legal y criminológico (Parte I). *Cual Med. Forense*, 17(3), 123-136.
- Programa Nacional Municipios y Comunidades Saludables. (2016). *Salud en la adolescencia*. http://www.msal.gob.ar/images/stories/bes/graficos/0000001221cnt-boletin_virtual-10-salud_integral_adolescencia.pdf
- Quas, J.A.; Bottoms, B.L. y Nuñez, N. (2002). Child maltreatment and delinquency:

Framing issues of causation and consequence. *Children's Services: Social Policy, Research and Practice*, 5(4),245-248

Reinserta Un Mexicano, A.C. (2018). *Estudio de factores de riesgo y victimización en adolescentes que cometieron delitos de alto impacto social*. <https://reinserta.org/>

Rivera, A. (2016). *Correlatos entre rasgos de insensibilidad emocional y la adaptación adolescente*. (Tesis inédita de licenciatura). Facultad de Estudios Superiores Zaragoza, UNAM, México.

Rodrigo, M., García, M., Maiquez, M., Rodríguez, B. & Padrón, I. (2008). Estrategias y metas en la resolución de conflictos cotidianos entre adolescentes, padres y madres. *Infancia y Aprendizaje*, 31, 347-362.

Rodrigo, M., García, M., Maiquez, M. & Triana, B. (2005). Discrepancias entre padres e hijos adolescentes en la frecuencia percibida e intensidad emocional en los conflictos familiares. *Estudios de psicología*. 26, 21-34.

Rodrigo, M., Maiquez, M., Martín, J. & Byrne, S. (2008). *Perseveración familiar. Un enfoque positivo para la intervención con familias*. Pirámide.

Rodríguez, C. (2007). Evaluación de la personalidad y sus trastornos a través de los métodos proyectivos o pruebas basadas en la actuación (Performance-based). *Clínica y Salud*, 18(3), 325-346.

Rodríguez, R., Barcelata, B. & Rivera, A. (2017). Propiedades psicosométricas del cuestionario de insensibilidad emocional de Frick en adolescentes mexicanos.

Rojas, F. (2018). *Asociación entre rasgos de insensibilidad emocional, acoso escolar y psicopatología en una muestra de adolescentes varones en la Ciudad de México* (Tesis Doctoral). UNAM, México.

- Romero, L. L., Triñanes, E. R. e Iglesias, B. G. (2011). Delimitando la agresión adolescente: Estudio diferencial de los patrones de agresión reactiva y proactiva. *Revista Española De Investigación Criminológica, REIC, 9, 2-29.*
- Rutter, M. (2000). Children in substitute care: Some conceptual considerations and research implications. *Children and Youth Services Review, 22(9), 685-703.*
- Salami, S. O. (2011). Personality and psychological well-being of adolescents: the moderating role of emotional intelligence. *Social Behavior and Personality: an international journal, 39(6), 785-794.*
- Salvador, B., Arce, R., Rodríguez-Díaz, F. & Seijo, D. (2017). Evaluación psicométrica de la psicopatía: una revisión meta analítica. *Revista Latinoamericana de Psicología, 49, 36-47. doi:10.1016/j.rlp.2015.09.015*
- Samper, P. (2014). Diferentes tendencias prosociales: el papel de las emociones. *Revista mexicana de Investigación en Psicología, 177-185.*
- Samper, P., Aparici, G. & Mestre, V. (2006). La agresividad auto y hetero evaluada: variables implicadas. *Acción Psicológica, 4(2), 155-168.*
- Sampieri, R. H., Collado, C. F., & Baptista, M. D. (2014). *Metodología de la investigación. 6 Edición.*
- Sandoval, E. (2014). Propensión a aprender de los Adolescentes Infractores de Ley: reflexiones desde el Enfoque Biográfico. Polis. *Revista Latinoamericana, 13(37), 251-273.*
- Sánchez, R., y Ledesma, R. (2007). Los cinco grandes factores: cómo entender la personalidad y como evaluarla. *Conocimiento para la transformación, 131-160.*
- Sánchez-Teruel, D., y Robles-Bello, M. (2013). El modelo "Big Five" de personalidad y

conducta delictiva. *Revista internacional de investigación psicológica*, 6 (1), 102-109.

Save the Children. (2016). *Las y los adolescentes que México ha olvidado*.

<https://www.savethechildren.mx/sci-mx/files/d7/d797cdaa-914f-4068-8bfc-0ef299feb2c7.pdf>

Schimmack, U., Radhakrishnan, P., Oishi, S., Dzokoto, V. & Ahadi, S. (2002). Culture, Personality, and Subjective Well-being: Integrating Process Models of Life Satisfaction. *Journal of Personality and Social Psychology*, 82(4), 582-593.

Schmit, G. (2005). Family dynamics around the adolescent. *La Revue du praticien*, 55(10), 1089-1094.

Schmutte, P. S. & Ryff, C. D. (1997). Personality and well-being: reexamining methods and meanings. *Journal of Personality and Social Psychology*, 73(3), 549.

Seagrave, D. & Grisso, T. (2002). Adolescent development and the measurement of juvenile psychopathy. *Law and human behavior*, 26(2), 219-239.

Seiffge-Krenke, I. (2000). Causal links between stressful events, copying style and adolescent symptomatology. *Journal of Adolescence*, 23, 575-691. Doi.org/10.1006/jado.2000.0352

Siu, A.F.Y. (2009). Trait emotional intelligence and its relationships with problem behavior in Hong Kong adolescents. *Personality and Individual Differences*, 47, 553-557.

Sobral, J., Romero, E., Luengo, A. & Marzoa, J. (2000). “Personalidad y conducta antisocial: amplificadores individuales de los efectos contextuales”. *Psicothema*, 12, 661-670.

Steffgen, G., Recchia, S. & Viechtbauer, W. (2013). The link between school climate and violence in school: A meta-analytic review. *Aggression and Violent Behavior*, 18(2),

300-309. Doi: 10.1016/j.avb.2012. 12.001

- Suárez, I. G., & Rico, A. P. (2018). “Construcción de adolescencia”: una concepción histórica y social inserta en las políticas públicas. *Universitas humanística*, 85(85).
- Swaim, R. C., Henry, K. L. & Kelly, K. (2006). “Predictors of Aggressive Behaviors among Rural Middle School Youth”. *Journal of Primary Prevention*, 27 (3) 229-243.
- Swensen, C. (2018). Evaluaciones de dibujos de la figura humana. *Revista Psicológica*. 2-21.
- Torrubia, B. R. y Fuentes, C. (2008). Psicopatía: una entidad clínica controvertida pero necesaria en psiquiatría forense, *Revista española medicina legal*, 34(1), 25-35.
- Vicente, A. L. (2014). Teoría de Teorías sobre la Adolescencia. *Última Década*, (40), 11-36.
- Vinet, E., Faúndez, X. & Larraguibel, M. (2009). Adolescentes con trastorno por consumo de sustancias: Una caracterización de personalidad a través de las normas chilenas del MACI. *Revista Médica de Chile*, 137, 466-474.
- Vitaro, F., Brendgen, M. & Tremblay, R.E. (2002). Reactively and proactively aggressive children: antecedent and subsequent characteristics. *Journal of Child and Psychology Psychiatry*, 43 (4), 495-505. Doi: <http://dx.doi.org/10.1111/1469-7610.00040>
- Weinberg, D. R., Elvevag, B. & Giedd, J. N. (2005). *The adolescent brain: A work in progress*.
- Wenger, L., & Andres-Pueyo, A. (2016). Tests personológicos y clínicos en español para evaluar adolescentes infractores. *Papeles del Psicólogo*, 37(2), 89-106.
- Wiesner, M. & Silbereisen, K. (2003). “Trajectories of delinquent behavior in adolescence and their covariates: relations with initial and time-averaged factors”. *Journal of*

Adolescence, 26, 753- 771.

Zych, I., Ttofi, M. & Farrington D. (2017). *Empathy and callouses unemotional traits in different bullying roles: a systematic review and meta-analysis*. *Trauma Violence Abuse*. <https://doi.org/10.1177/1524838016683456>.